

El Ruedo



2
Ptas.

JAAVEDN

...M A R C A
...D E
...A N A L
...S E M A N A L
...O S E M A N A L
...A O
...I N O
...M I N O
...M I N O



Un forçado dominando al toro

REVISTA DE LA



El trío defensivo de los «coletudos», formado por Curro Caro, Morenito de Talavera y Julián Marín. Tres fortalezas para los del «celuloide»



El conocido apoderado de toreros Cristóbal Becerra es el técnico en la preparación de los toreros. Antes de comenzar el entrenamiento da un curso de fútbol teórico



Ángel Luis Bienvenida, Daniel Luca de Tena y Antón Iglesias, tres medios ágiles que formarán en la parte medular del equipo taurino, durante el último entrenamiento

LOS TOREROS JUEGAN TAMBIÉN AL FUTBOL

(Información en las págs. 4 y 5)

El equipo taurino, que estos días está sometido a entrenamiento, bajo el asesoramiento de Cristóbal Becerra. Los once que han de enfrentarse a los del cine hacen un alto en su preparación para retratarse (Fotos Manzano.)



AYER Y HOY

La elección de una corrida

consecuencias de una moda óptica

por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO *



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 17 de enero de 1946 - Núm. 82

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



La temporada se acerca, para regocijo de los aficionados y reposo de nuestras plumas. Reposo, sí, aunque parezca paradójico, porque es descansado dejarse llevar por los acontecimientos que en la ineficacia. Se llega pronto vivos y palpitantes, mientras que resulta fatigoso buscar ahora temas vitales. Y aun resulta más fatigosa la búsqueda, porque, al fin, después del hallazgo, nos encontramos con la ineficacia. Le llega pronto a la conclusión de que, o no existen esos vitales problemas que de buena fe planteamos, o no interesa a nadie su solución.

Atenazados ya por tal hastío, nos invadió el optimismo cuando el domingo pasado leímos en nuestro *Marca* el plan que proyecta la nueva Empresa de la Plaza de Toros de Zaragoza para esta temporada del 46. La tarde dominical tibia y soleada era una invitación para los taurinos madrileños, que se iban al fútbol —sucedáneo de su afición favorita— o que se quedaban en cafés y bares viendo partir los autocares al Estadio de Chamartín, mientras imaginaban tristes y solitarios los alrededores de la Plaza de las Ventas.

De verdad son loables los propósitos que animan al nuevo empresario de Zaragoza y bastante concretos. Primero destaca su deseo de proteger a los toreros nacionales, con espíritu semejante al de los empresarios mejicanos; en segundo lugar, se propone limitar en lo posible los precios de las localidades populares, y, finalmente, esboza el programa de festejos con cifras concretas: dieciséis novilladas económicas sin picadores, diez con picadores, siete corridas de toros, como mínimo, y, de añadidura, tres novilladas para noveles, después de las fiestas del Pilar. En total, treinta y seis espectáculos taurinos en la heroica ciudad del Ebro.

Este plan podrá sufrir, como es lógico, modificaciones en cantidad y calidad; pero ya es bueno que los aficionados zaragozanos comiencen sus cábalas, puesto que también promete el nuevo empresario que las cinco grandes corridas del Pilar serán a base, en cuanto a toros, de acreditadas ganaderías —dos andaluzas y tres salmantinas—, y en cuanto a diestros, de las primeras figuras actuales y las novedades que se hayan registrado en la temporada, ya que para las fechas en que se celebran estas corridas se está al cabo de la calle de quiénes son los triunfadores. O los taquilleros, los que aportan mayores beneficios al negocio de los toros, que es lo que importa, cuesten lo que cuesten.

Entre tanto, los aficionados madrileños, los que llenan con frecuencia la primera Plaza del mundo, la que da —o daba— rango y rumbo a la fiesta, no saben casi nada. Porque es casi nada que se diga que se dice que va a ir un señor a comprar toros andaluzes, o que el lunes de Pascua habrá una corrida, de lleno garantizado, con los mismos diestros y toros del mismo ganadero que tan ruidosamente triunfaron el 12 de octubre del año último.

¿Quiere usted, señor Alonso Orduña, ayudarnos un poco? Para nosotros sería una gran satisfacción anticipar un programa, al menos de propósitos, de lo que ocurrirá en la Plaza de las Ventas de su inteligente gerencia.



Tres toreros de categoría: Currito, Lagartijo y Frascuelo, que figuraban en el cartel de la sexta corrida celebrada en la Plaza de toros de Madrid el año de 1871. En el reportaje que Francisco Casares ha escrito sobre ellos se habla de lo que cobraban, de lo que hacían y otros pormenores curiosos, sobre todo si se tiene en cuenta la carrera de precios que llevan los tiempos actuales. (Información en la página 9)



LOS TOREROS ANTE SU ENCUENTRO



Antonio Bienvenida emula las glorias de Epi, y después de burlar a Curro Caro y Antofñete Iglesias, se interna hacia la puerta para disparar



Arriba: Antonio Bienvenida, con magnífico estilo, digno de cualquier profesional, centra sobre la puerta.—Abajo: Gallito y Curro Caro se disputan el balón
(Fotos Manzano)



CUANDO llegan estas fechas, los toreros, inactivos durante unos meses, sienten la necesidad de estirar las piernas, de correr por el campo. Todos los años, con este motivo, organizan un encuentro con los cincistas, y unas fechas antes comienzan su preparación con toda seriedad. Porque los partidos entre los coletudos y los del celuloide son terribles. Son los de los clásicos rivales. Llevan un público enfervorizado y chillón, que llena el campo con su presencia y sus voces. Y no conviene desencantar a quienes ponen tantas ilusiones en el triunfo de sus colores.

Y como los toreros quieren ganar, reservadamente y con voluntad empiezan a acoplar su equipo, que esta temporada está como en ninguna.

Hemos ido a verlos a La Ferroviaria, donde ya están pegando al balón con una clase que ya quisieran para sí muchos profesionales de los que un domingo tras otro cobran primas y reciben las ovaciones del público de reglamento.

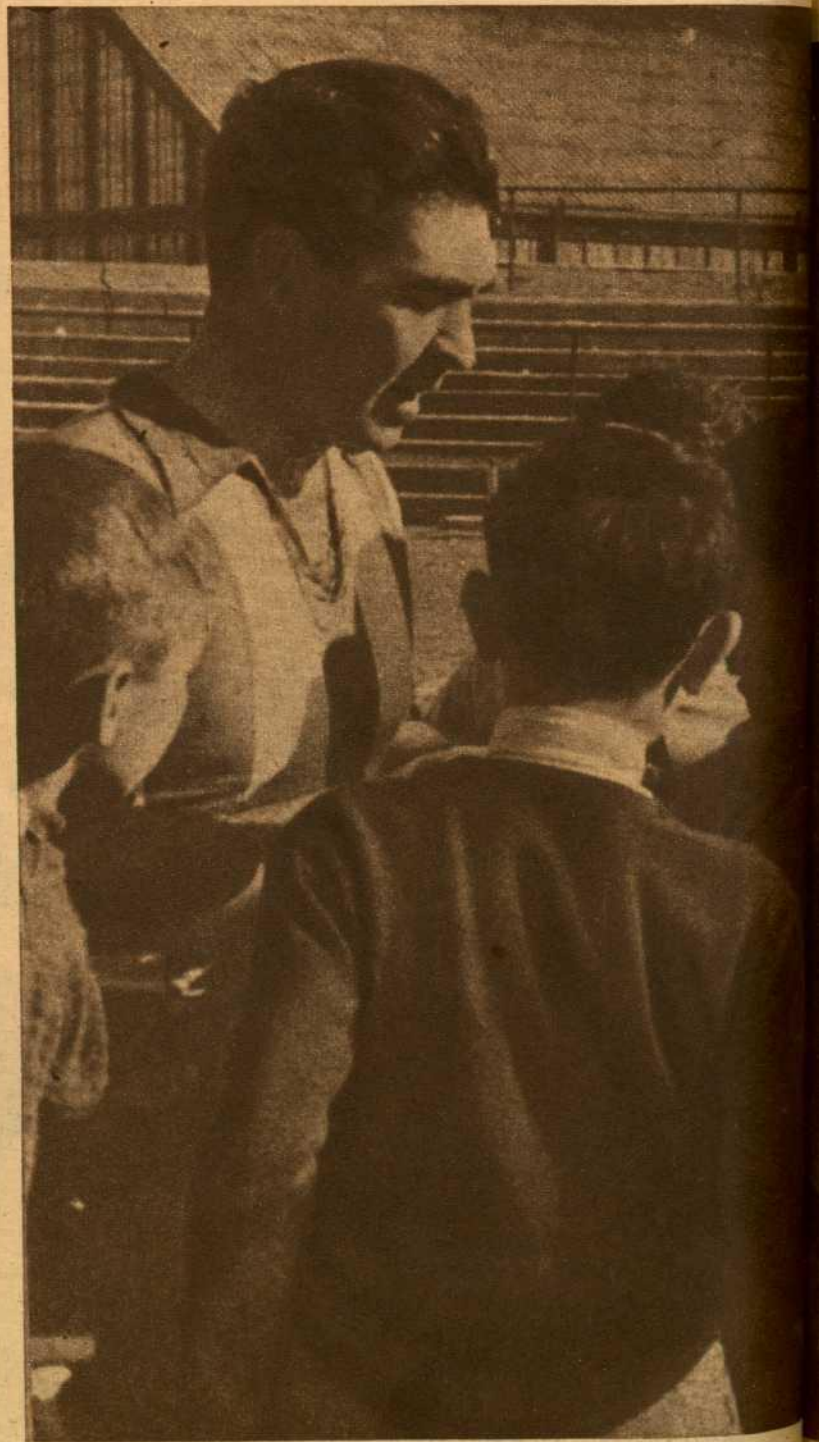
Está en la portería Morenito de

Talavera, luciendo su estilo sobrio, pero valiente. Los cañonazos se escapan sobre su puerta, y él, en largas y decididas estiradas, va deteniendo, uno a uno, todos los balones que intentan traspasar la línea de gol.

Becerra, siempre decidido a todo, da al aire de la mañana su perla de entrenador inglés, al que hoy —cosa rara en él— no le falta más que la humeante. Nos acercamos a él, figura destacada en los entrenamientos, para que nos cuente algo.

—Nos pillas en plena labor. [Los chicos están dándole a la pelota hoy por vez primera; pero, como observarás, parece que no han dejado de jugarla todo el año.

En esto, Antonio Bienvenida, que juega en el puesto de extremo derecho, se larga a toda velocidad con el balón, pegado a la línea del fuera. Es una capada impresionante, que podría firmar sin desdoro el propio Epi. Llegada al mismo córner, y desde allí, limpiamente, coloca un centro bombeado que



Pepote Bienvenida, delantero centro del equipo taurino, se ve rodeado de chiquillos que reclaman un autógrafo. Pepe se pregunta cómo tendrá que firmar. ¿Como futbolista? ¿Como as de la tauromaquia?

SE ENTRENAN CON LOS CINEISTAS

—delantero centro— no tiene más que empujar suavemente con la cabeza para convertirlo en tanto.

Comentamos con Becerra la jugada, que ha sido digna de cualquier partido de primera categoría.

—Tenemos muy buen equipo. Morenito de Talavera, en la puerta, ha de ser una garantía. En la defensa van Julián Marín y Curro Caro; de medios, Ángel Luis Bienvenida, el novillero Luca de Tena y Antónete Iglesias. Y en la delantera figuran Antónito Bienvenida, Gallito, Pepote, Guerra y Pepe Dominguín.

—No veo alguna de las figuras que el año pasado jugaron.

—En efecto. Gitanillo, nuestro mejor jugador, está en Méjico. Y otros no pueden desplazarse; pero, no obstante, hay hoy un buen equipo, y espero que podamos apuntarnos un triunfo.

Durante nuestra conversación sigue el entrenamiento. Ahora es Julián Marín —que fué jugador en sus tiempos— el que dispara sobre la puerta. Se ve en



Gallito, malabarista con la capa, también lo es con el balón. Su toque y su temple son sorprendentes; no le falta más que decisión a la hora de disparar sobre la puerta

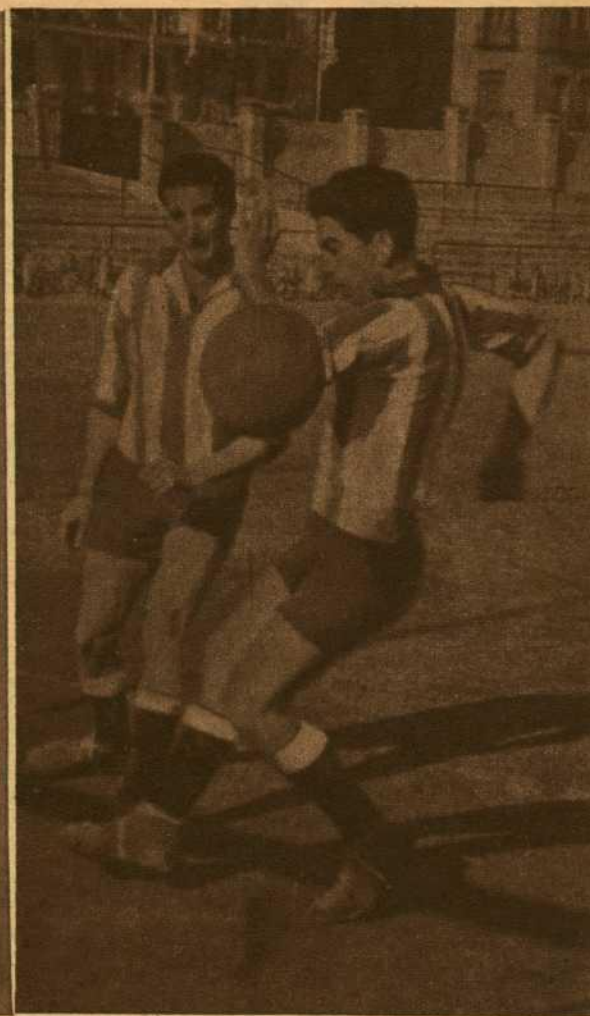


Morenito de Talavera hace una limpia salida al estilo de Zamora. El Boni, que viene lanzado, trata de rematar, pero el de Talavera se llevará el balón y despejará con estilo

el unas condiciones excelentes, y nosotros pensamos que bien podría ser él el delantero centro, pasando Pepote a interior. Gallito ha cogido ahora el balón, y con su gracia característica en los ruedos, toca el esférico suavemente, driblando a sus contrarios; pero Rafael no chuta, y un interior que no chuta... El partido se anima, y los pocos espectadores —chiquillos casi todos— jalean a los jugadores, que se entusiasman, y de vez en cuando se paran, como si el balón se tratase de un torillo que les fuera a embestir. Se paran, lo templan y lo mandan de bolea al otro lado del campo, en un cambio tan impresionante, como si se tratase de uno de los que suelen hacer ante el público y en el ruedo.

Como la cosa ya está vista y el entrenamiento va cediendo, porque no conviene que sea muy duro en las primeras sesiones —nos ha dicho Becerra—, nos vamos.

Decimos adiós a Antónito Bienvenida, que pasa junto a la banda lanzado a toda velocidad, estrechamos la mano al pimpante entrenador y nos trasladamos a toda prisa a la Redacción para escribir estas líneas.



El Boni y Julián Marín. El novillero se dispone a chutar sobre la portería ante los ojos del defensa taurino.—Abajo: Pepote ha rebasado la defensa y lanza un disparo que por poco es gol



NUESTRA CONTRAPORTADA

CANDIDO CARMONA MARTINEZ, EL CARTUJANO



UNA historia triste la breve historia taurina de este banderillero, de cuyo nombre nadie se acordaría a no haber caído el torero mortalmente herido en el ruedo de Madrid. Fué uno de tantos. Nada notable en su haber; ningún gran fracaso en su modesto cometido. Ni más ni menos que otros que, como él, se vestían de toreros para ganar el sustento; sin más aspiraciones ni afanes. Su gran triunfo, pues no tenía méritos para más, fué cada tarde el logro de pasar inadvertido. Cumplía, y eso era bastante para él. No se esperaba más de El Cartujano y nunca se le exigió otra cosa.

Empezó como empezaban todos entonces y terminó sin haber alcanzado nombradía. Fué lo que hoy llaman los taurinos un jornalero del toreo. Murió por una torpeza suya, en la que sólo él tuvo parte. Es po-

sible que el miedo le hiciera estar torpe en aquel momento decisivo. Es posible que no tuviera miedo, que no hubiera más que falta de pericia y sobra de precauciones. Una historia triste, la breve historia taurina de Cándido Carmona.

Nació El Cartujano en Sevilla el 9 de abril de 1869, en el barrio de Triana. Empezó a trabajar en la fábrica de loza de la Cartuja, y animado por el ejemplo de algunos aficionados de la barriada en que vivía, empezó, de muy joven, a frecuentar las capeas que se celebraban en los pueblos próximos a Sevilla. No destacó como aficionado, pero consiguió figurar en las cuadrillas de algunos modestos novilleros, hasta que en 1891 ingresó en la de Manuel Nieto, Gorete.

Con Manuel Nieto se presentó en Madrid, en su condición de banderillero, el 27 de agosto de 1893.

Con su maestro fué a América, y en La Habana sufrió una cogida de alguna importancia.

El 29 de julio de 1894 se lidió en Madrid una corrida con reses de Udaeta para los espadas Pepe-Hillo, Gorete y El Mancheguito. El toro corrido en segundo lugar se llamaba Piamonte, era berrendo en negro y capirote. Eran banderilleros de turnos El Cartujano y El Pincho. Carmona, después de una salida en falso, puso el primer par a la media vuelta. El Pincho clavó un par delantero, después de pasarse dos veces sin intentarlo, y Carmona quiso aprovechar la salida de su compañero para poner el tercer par al relance. No se sabe si por resbalar o por haberse dado cuenta de que había medido mal el terreno, lo hizo deliberadamente, el caso fué que cayó en la cara del toro. El de Udaeta alcanzó al banderillero al segundo derrote, lo suspendió y le produjo una herida de cinco centímetros en el hipocóndrio izquierdo posterior. La cogida produjo gran impresión.

El Cartujano murió a las doce y media de la mañana del 27 de agosto, después de soportar dolorosísimas intervenciones, y su cadáver recibió sepultura en el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena.

Muy antiguo
y muy moderno...
Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.



VALDESPINO
JEREZ

Breve historia de una anécdota taurina

Con el sable del general Espartero mató un toro el diestro Morenillo, en Arganda

ALAS figuras del toreo del siglo pasado rodea una aureola, cuajada de leyendas y de anécdotas en las que resulta muy difícil clasificar la verdad y la fantasía. Lo falso y lo cierto se han mezclado tan intimamente, como suele acontecer siempre que se trata de robustecer la historia de un ídolo con notas, referencias y chistes, que en diversos casos se atreverían muy pocos a negar o afirmar rotundamente. A los toreros, como a los cantantes — a los artistas todos —, se les inflama la posteridad; muchos, aureolados, baqueteados por la fama, de labio en labio, no vivieron el número de años necesario para ser protagonistas de tantas anécdotas. La historia que voy a transmitir puede no ser cierta; pero es muy posible y, sobre todo, fué muy comentada al final del siglo pasado y a principios de éste.

El día 11 de septiembre de 1837, las calles de Madrid sólo estaban pobladas por algunos perros y gatos. Ni un transeúnte pacífico, ni un vehículo, ni los habituales carros de locuaces comadres. Madrid aparentaba estar desierto. En los alrededores de la ciudad, los milicianos gubernamentales merodeaban, ojo avizor y pronta el arma, en previsión de posibles ataques de las tropas carlistas, cuya ofensiva se consideraba inminente. Se decía por doquier que Don Carlos estaba en las puertas de la urbe. Entre los gubernamentales más irreconciliables con los carlistas, figuraba el entonces popular matador de toros Juan Jiménez, Morenillo, liberal a macha martillo. Cuéntase que se hallaba con un pañuelo a la cabeza y un fusil en las manos, cuando de la casa número 18 de la calle de León salió el infante Don Francisco, que se proponía recorrer a caballo las calles de Madrid.

—¿Eres leal tú también?—le preguntó el infante.

—Sí, señor. Y estoy dispuesto a dar mi vida luchando contra los carlistas, que son tan valientes como nosotros.

Horas después, Morenillo cruzaba sus tiros con las fuerzas atacantes. Las tropas del general Espartero engrosaron las civiles y la batalla acabó cuando breves tropas carlistas se alejaron de Madrid. El vecindario solicitó de las autoridades la debida licencia para celebrar una corrida al día siguiente, en Arganda, localidad tomada por los liberales. Fué concedida la autorización, y el día 13 de septiembre se celebró el encierro de veinte toros para que toreaen los mozos argandaños. Se brindó para estoquear a las reses un fabuloso presumido de la localidad, señor Antolín, que, como siempre ocurre en estas lides, se amilanó a la hora de la verdad. El público se impacientó y el escándalo amenazaba por todas partes, hasta que alguien, que se había percatado de la presencia del Morenillo en la Plaza, comenzó a gritar reclamando su intervención en el ruedo. Morenillo accedió y comenzó una brillante faena que mereció los aplausos del público.

Llegó la hora de matar y Morenillo, después de colgar un par de banderillas con lo que levantó a los espectadores de sus asientos, vió que no podía acabar con el toro porque no tenía estoque. El público intentó ayudar al diestro facilitándole estoques de bastón; pero el toro era demasiado grande y fuerte para doblarse ante tan sencillo armamento. De pronto surgió una idea en el cerebro de Morenillo. Giró sobre sus talones y se dirigió al balcón presidencial, al balcón que desempeñaba tal efecto. Allí estaba el general Espartero, rodeado de las autoridades locales y de varios oficiales de su Estado Mayor. El torero se quitó la gorra y dijo:

—Mi general, no puedo matar ese toro porque no tengo estoque. ¿Me presta usted su espada?

El general, un poco sorprendido por la osadía del diestro, sonrió al fin. La petición en sí no revestía gran importancia. Además, dado el carácter de la fiesta que se celebraba para dignificar con la alegría popular la solemnidad del día, facilitar su espada al torero, sobre ser un gesto simpático, significaba contribuir al esplendor de la fiesta. Echó mano a su espada, la descolgó del cinto y se la tendió a Morenillo.

—Con mucho gusto.

Para dar más detalles, registro los de una crónica de la época, que dice: «El diestro se situó lejos del bicho, citó a recibir y, en dicha suerte, ahondó la espada en el morrillo de su adversario. La res murió en medio de una gran ovación».

Morenillo limpió cuidadosamente el acero y se lo entregó al general, que le tendió su mano, dándose ambos un fuerte apretón.

Naturalmente, no es insólito el caso de Morenillo. Otros afamados espadas verificaron hazañas fabulosas con toros desmandados, huidos y escapados del ruedo. El vrotejo del Nacional, que mató un toro en las calles de Madrid, con el sable de un guardia de seguridad, no ha sido olvidado; ni las hazañas de Pepete, ni las de Paquiro, ni las de Reverte... Y tantas otras. Pero insisto en que a los toreros, como a los cantantes, se les inflama su celebridad... Y sus propagandas.

LAS COSAS...

PETER Carroll es norteamericano. Hemos concertado, por teléfono, una entrevista con él, y vamos a la cita. Bien. Ya estamos introducidos en un despacho donde se encuentran varias personas. No cabe duda. Peter Carroll debe ser este caballero de pelo rubio que nos sonríe. Es el único que tiene cara de haber crecido a la sombra de los rascacielos. ¡Adelante!

—¿Peter Carroll?

—No, señor. Pete es aquí, er cabayero.

Y nos indica un joven moreno, de tipo madrileño y viva mirada.

Así es la vida.

LA GUERRA Y LA CAMARA

Peter Carroll es un mago del objetivo, un as del reportaje gráfico. Sus fotografías son famosas en los Estados Unidos. Aunque Peter Carroll ya era muy conocido en su actividad profesional antes de la guerra, ha sido durante ésta cuando ha tenido ocasión de alcanzar mayor notoriedad. El 6 de junio desembarcó con las tropas aliadas en Normandía, y sus fotografías fueron las primeras e históricas fotografías que se obtuvieron entonces. Siguió por los frentes de combate europeos. Atravesó Francia; después, Holanda y Bélgica. Luego siguió la campaña por Alemania, hasta que los americanos se encontraron con los rusos. Es decir, hasta el final. Una de sus fotografías se utiliza actualmente para los sellos de tres centavos de los Estados Unidos. Es la de los primeros soldados americanos que pasaron en París por el Arco del Triunfo. Ahora, Peter Carroll viene de Francfort y se dispone a estar entre nosotros algún tiempo.

¡A LOS TOROS, EH!

Lo primero que hizo Peter Carroll al llegar por vía aérea a Madrid fue preguntar cuándo había toros. Hubo que explicarle que en esta época no se celebran, lo cual le contrarió sobremanera. No obstante, se le dijo que al día siguiente había un importante festival en Talavera de la Reina. Y, claro, al día siguiente, Peter Carroll estaba en la Plaza del pueblo toledano. Entre barreras. Pasando bastante miedo, según él mismo confiesa; pero entre barreras.

—¿Qué impresión le produjo cuando lo vio?

Carroll baraja varias palabras hasta que encuentra la definitiva:

—Quedé fascinado.

—¿Por qué?

—Por todo. Los toros, la gente, el entusiasmo...; más que nada, el entusiasmo. Ahora ardo en deseos de ver una corrida grande, de verdad, con los toreros vestidos de luces. El otro día iban, ¿cómo se dice?... de corto, ¿no?

—Eso es.

—Tiene que ser maravilloso.



Peter Carroll, junto al burladero, dispuesto a recoger en su cámara el momento emocionante

CARAS EXTRANJERAS EN EL TENDIDO

PETER CARROLL

Un fotógrafo norteamericano entre barreras y sus impresiones de espectador novel



El renombrado reportero gráfico norteamericano salta a la arena para hacer una información gráfica (Fotos Manzano)

PREPARADO PARA LA PROXIMA

Peter Carroll estaba entre barreras, porque quería hacer fotografías.

—¿Hizo usted muchas?

—Lo fotografié todo, todo; pero voy a aprovechar muy poco. Yo estaba ignorante y no sabía, prácticamente, qué hacer, en qué momento disparar. Además, lo más importante se hizo en la sombra, con mala luz. Ya a la próxima, después de esto, creo que podré hacerlo bien. Me llevaré dos cámaras, para no perder el tiempo cambiando el objetivo, porque mientras se hace esta operación pueden pasar cosas en la arena, y no quiero que se me escape ninguna.

LA SENSACION DEL PELIGRO

Como se sabe, en el festival de Talavera, Morenito mató dos toros de esos que no se estilan, con muchas arrobos y no muy buenas intenciones. Por eso le preguntamos a Carroll:

—¿Se dió usted verdadera cuenta del peligro que supone para el diestro el ponerse ante los cuernos?

—¡Cómo, cómo! Un peligro terrible. Los toreros son muy valientes. Yo, entre barreras, no estaba muy tranquilo. A veces, el toro se fijaba en mí; por lo menos, yo lo creo así, y entonces me retiraba instintivamente.

—Eso es miedo.

—Precaución. ¡Era la primera vez! Pienso ponerme en sitio de más peligro, para obtener mejores efectos. Quiero

reproducir la gracia de los banderilleros, los lances con los pies juntos, los pases del matador. Lo que más me gustó fué una cosa que luego me explicaron se llama quite de las chinelinas.

¡SI FRED ASTAIRE FUERA ESPAÑOL...

—En resumen, que le agradó el espectáculo, a pesar de que no se trataba más que de un festival.

—Me agradó en gran manera. Yo creo que es como un ballet insuperable en su emoción. Fred Astaire podría ser un buen torero... si hubiera nacido en España. Otra cosa en la que me fijé fué el entusiasmo de los niños. Se ve que aquí empieza la afición desde la infancia. Por supuesto, yo traía mi confusa idea de las corridas y me he impresionado más de lo que esperaba.

—¿En qué sentido?

—La he encontrado más ceremoniosa y más artística de lo que me figuraba. Una corrida en Madrid debe ser lo más grande.

—Sí, lo más grande, con toros más pequeños...

—Naturalmente, no sabía el orden con que se torea. Desde que sale el toro hasta que lo matan, ya me he dado cuenta que es un tema a desarrollar y que todo cuanto se hace tiene su explicación. ¡Si yo fuera más joven!

—Siga, siga. Si fuera usted más joven...

—¡Sería torero!

Y no cabe duda que está más en tipo que Sidney Franklin.

RICARDO ARMENTALES

LO CAÑI

ENRIQUE, EL LILLO, EL TORERO QUE BAILO JUNTO A LA ARGENTINITA



POCAS vidas sevillanas tan interesantes y de tan universal atractivo como la de Enrique Ortega, el Lillo, primo de los Gallo y de Caracol y de Rafael Ortega, el mejor bailador andaluz que ha pisado las escenas del mundo.

Porque el Lillo —la sombra de Rafael el Gallo en sus paseos por Sevilla— ha sido de todo: novillero, bailador, mozo de estoques, banderillero... ¿Por dónde pudiera empezarse una rápida semblanza de este sevillano juncal? En el año 13 mató un toro de 300 kilos en la Huerta del Lavadero, una finca propiedad de Rafael el Gallo. Banderillaron en aquella "prueba" (fué un festejo para saber si Enrique el Lillo servía o no para los toros) nada menos que Joselito, Rafael e Ignacio. Uno de los picadores fué José Andújar, mozo de estoques actual de Pepe Bienvenida. Poco después actuó en Utrera, con Joselito y Limeño, como director de lidia. Ya entonces, el Lillo se dedicó de lleno al torero y figuró entre los novilleros que por entonces se cotizaban y se llevaban el gato al agua. ¿Y cuál es la mejor y más sabrosa anécdota que a Enrique Ortega le ha ocurrido en su vida torera? El mismo va a contarla:

—Toreaba yo en Melilla con Hurtado y Bengala. Aquello fué un colmená de pitos y zumbidos. Yo no he visto nunca una cosa así. Pero lo bueno fué que cogieron a los otros dos espás y me quedé solo con los seis verracos. Al finá —que yo no sé cómo llegué al finá— me detuvieron y me encerraron con un moro —por cierto, de los que chillaban y tiraba al ruego de tó: que por eso lo había encerrao—, y me tuve que pasá la noche con los ojos abiertos, porque el moro me quería matá.

Enrique Ortega bailó "El amor brujo" con la Argentinista, la inolvidable bailarina flamenca que ahora ha muerto.

—¿Cuál ha sido el torero más impresionante que ha visto el Lillo?

Uno que tuvo que banderillar en la Plaza de Badajoz, y que no sólo pesó muchísimos kilos, sino que había sacado las intenciones de todos los toros peligrosos que han salido de las ganaderías.

—Recuerdo —nos dice Enrique Ortega— que le tocó a Rafael el Gallo, y el maestro lo mató desde dentro de un burlderero y acribillándole. ¡Aquello fué una cosa! (Difícilmente puede compendiarse con mayor brevedad lo que a los buenos andaluces les causa una impresión pro-

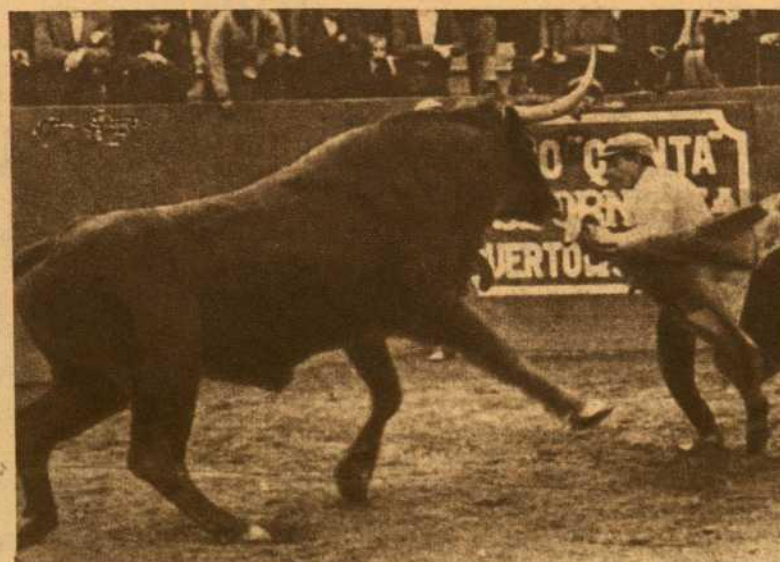
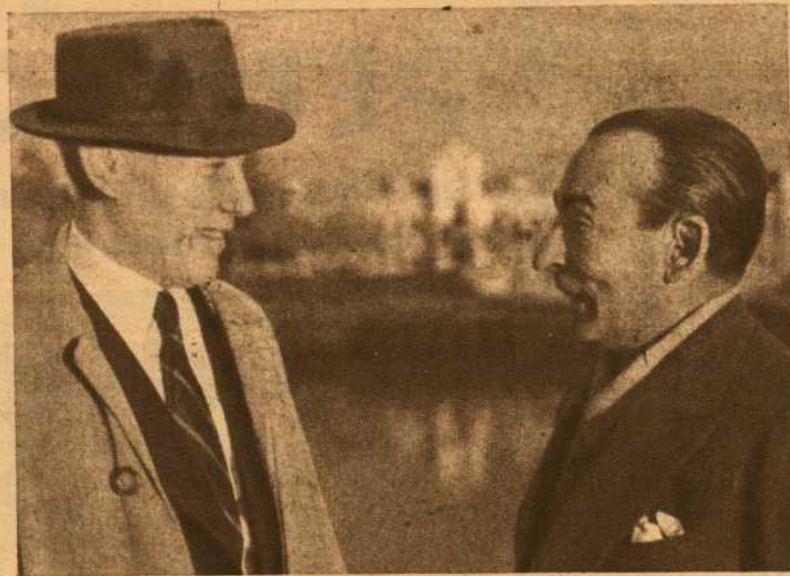
funda: una cosa lo es todo por esta incomparable tierra luminosa.)

Después, el Lillo —ya retirado de las Plazas— ha pasado a ser esa "cosa" extraña, pero sustantiva, que son en Sevilla y sus contornos muchos de los hombres taurinos: acompañantes de toreros famosos, conversadores en las tertulias, gente de mundo; no importa qué. Algo sustancial con que ya se cuenta en Sevilla, y cuya naturaleza no requiere más explicaciones: el Lillo es el Lillo, y pare usted de contar.

—Eso sí me interesa —nos ha dicho Enrique Ortega— que lo diga usted en EL RUEDO. Yo no he sido más mozo de estoques porque José Ignacio Sánchez Mejías no torea. Creo que José Ignacio pudo ser una de las más grandes figuras del toreo. Y como no quiere serlo, yo me he retirado.

No estamos seguros de esta retirada. ¿Puede asegurarnos alguien que un buen día no se hace a la mar Enrique Ortega y vuelva a bailar en cualquier escena norteamericana "La danza del fuego"? Por nuestra parte, creemos que sí. Porque en la prodigiosa fantasía del Lillo —primo y casi hermano espiritual de Rafael el Gallo— hay sitio para cualquier aventura.

LUIS DE BARJA



Arriba: El Lillo y Pepe Andújar charlan de cosas pasadas.—Abajo: Un toro que le echaron a Enrique Ortega, El Lillo, en un festival en Sevilla. Parece ser que el torero consiguió incluso darle muerte

Cosas que ya pasaron

ENCANTO Y LECCION DE LOS VIEJOS CARTELES DE TOROS

CUCHARAS TOREABA, CON SU CUADRILLA, POR 1.250 PESETAS, Y EL TATO, POR 750

Por FRANCISCO CASARES

VAMOS a un colmado, y es frecuente que, sobre el muro del fondo, entre una cabeza de toro y algunas viejas fotografías, encontremos ese documento evocador que es un cartel de tiempos pasados. Estos carteles tienen un encanto especial. Son piezas esenciales de un decorado castizo, y sirven, al mismo tiempo, para darnos lecciones interesantes, porque, en lo que era la fiesta, en épocas pretéritas, hallamos una amplia fuente de contrastes. Los toros —toros—, los precios, lo que ya no se da, y con todo eso, perfiles y rasgos que significaban un sentido y tono distinto de las cosas. Cae, casualmente, en mis manos un programa. Anuncia la sexta corrida de toros en la Plaza madrileña, allá por la primavera del 71. Nada menos que tres cuartos de siglo. Algo ha llovido y algo ha evolucionado la llamada fiesta nacional desde entonces. Buena debía de ser aquella corrida, por los nombres de su cartel: Lagartijo, Arjona y Frascuelo.

Se habla en el programa de los "señores abonados". Para que hubiera abonados —perdónese me la perogrullada, en gracia a la claridad— era necesario que hubiese previamente aquello que se llamaba abono. ¿Se acuerdan ustedes? El abono quería decir regularidad, previsión, compromisos ajustados y cumplidos. Ahora es difícil hacer las cosas así, porque cada día son diferentes las actitudes. La política taurina es demasiado política. Lo que era factible entonces, no lo es actualmente. Como esa genérica y expresiva denominación que va en el programa: LIDIADORES. Porque lo sustancial —y lo que se va olvidando— es que la fiesta es lidia de reses bravas. La lidia tiene varias fases, y todas son importantes y se complementan. ¿Qué es, en nuestros días, el arte de picar? Ya no se pica a los toros. Se les mata, si es posible, con las malas artes de la "carrioca" y el implacable castigo a los endebles animaluchos, que quedan poco menos que inútiles. Una advertencia interesante, que nos hace volver a la sensación de las viejas crónicas: "No habrá perros de presa". Era el castigo —que fué un acierto sustituir— para los toros que no entraban a las varas. Las banderillas de fuego, más limpia y de menos dramatismo la adición de excitar a la fiera, reemplazaron a los perros. ¿Cuántas varas habían de tomar los toros

y cuándo se imponía el castigo especial? Vale más que nos abstengamos de recordar y de comparar. Por lo demás, la alusión en reales, a los diferentes precios, da idea de que la fiesta era barata, asequible. No se había llegado a los precios fabulosos de ahora.

Pero esto de los precios —todo concatenado— nos lo explica mejor la elocuencia de los recibos que firmaban los lidiadores y servidores de plaza. Los que tenemos a la

vista son algo más antiguos que el programa de Lagartijo y Frascuelo, los famosos rivales. ¡Nada menos que del año 1858! Y vean ustedes —fíjense bien— que Cayetano Sanz, que era alguien, y podría exigir —digo yo que podría—, cobraba 5.500 reales de vellón, "por el haber que le correspondía con su cuadrilla". Es curiosa la costumbre, "que estuvo trabajando". ¡Buen trabajo el de aquellas corridas! Cúchares percibía 4.500 reales de vellón, y el Tato despachaba dos toros —que serían, en efecto, toros— por la módica suma de 3.000 reales. No hemos de negar ni desconocer que el dinero tenía otro valor. Es verdad; pero, con todas las comparaciones y toda la evolución, habremos de convenir en que 1.000 ó 1.500 pesetas de mediados del siglo pasado no equivalían a las 175 y 200.000 que se han llegado a exigir en estos tiempos por matar toritos que seguramente pesaron la mitad de los que despachaban aquellos colosos.

Que eran tan colosos en su época como puedan serlo los que están en la cumbre en la nuestra.

Muchas son las reflexiones que la contemplación de los viejos carteles y los recibos de "haber trabajado" nos pueden brindar. Enseñanzas curiosas, sugerencias para comparaciones pertinentes.

Más vale que dejemos a un lado todo esto, que es tema de palpitante actualismo, y que daría lugar a largas exégesis.

Es mejor dejar la cosa en lo que los programas de hace setenta y cinco años tenían de encanto y lo que ahora, en sentido de evocación y de curiosidad, nos revelan y nos dicen.

Una botillería, un colmado andaluz, con el cartel de tronío al fondo, en el que los años y el humo de millares de cigarrillos han puesto una pátina inconfundible; ese cartel, con nombres preclaros y precios de moderación —aun aceptando las diferencias en el valor del dinero—, junto a la cabeza de un toro que mató a un torero, o que le dió su mejor tarde, y bajo cuya antañona litografía han discutido generaciones y generaciones; ese escenario y la llamativa tipografía de colores, con sabor y a anacrónico, tienen siempre un encanto que nos hace detenernos unos momentos. Ese escenario en el que tantas generaciones han dejado el peso de sus discusiones y la luz de su sabiduría sobre las cosas permanentes de nuestra fiesta.

PLAZA DE TOROS

EN LA TARDE DEL DOMINGO 14 DE MAYO DE 1871 SE VERIFICARÁ
—el tiempo no lo impide—

LA 6.ª CORRIDA DE TOROS

PRESIDIRÁ LA PLAZA LA AUTORIDAD COMPETENTE

Se lidiarán SEIS TOROS de la ganadería de D. Vicente Martínez, vecino de Colmenar Viejo, con divisa morada.

LIDIADORES

PICADORES... Francisco Calderón y Ramón Agujetas, con otros tres de reserva, sin que en el caso de inutilizarse los cinco pueda exigirse que salgan otros.

ESPADAS... Rafael Molina (Lagartijo), Francisco Arjona y Reyes, y Salvador Sánchez (Frascuelo), estando a cargo de los tres sus respectivas y excelentes cuadrillas de banderilleros.

UNA VEZ DE SUJETA LOCAL ANTES DE EMPEZAR LA BANDA Y EN LOS INTERVALOS

Programa de la 6.ª corrida celebrada en la Plaza madrileña el 14 de mayo de 1971 y en la que lidiaron seis toros, de D. Vicente Martínez, los diestros Lagartijo, Francisco Arjona y Frascuelo

RECIBI de D. Justo Hernandez, empresario de la Plaza de toros de esta Corte, la cantidad de rs. vn. *Cuatro mil quinientos* por el haber que me corresponde como *Espada* que estuve *trabajando* en la *6.ª* corrida de *Toro* del presente año Madrid *12* de *Octubre* de 1858.

Arango de Francisco Arjona
Manuel Soria Medel

Son *4.500* rs. vn.

Arriba: Tres mil reales cobró el Tato por lidiar dos toros en Madrid, según el recibo que publicamos.—Abajo: Cuatro mil quinientos reales cobró Cúchares en la misma corrida

RECIBI de D. Justo Hernandez, empresario de la Plaza de toros de esta Corte, la cantidad de rs. vn. *Tres mil* por el haber que me corresponde como *Espada* que estuve *trabajando* en la *6.ª* corrida de *Toro* del presente año Madrid *12* de *Octubre* de 1858.

Antonio Sanchez

Son *3.000* rs. vn.

FERNANDO DOMINGUEZ fué el primero que cortó una pata por una faena

Su mayor éxito lo alcanzó en Valencia, de novillero, el año 1932



Fernando Domínguez, en este descanso del invierno, dedica sus horas a repasar revistas taurinas



Un primer plano del diestro vallisoletano durante su charla para el RUEDO

AQUELLA tarde estaba en la memoria el nombre de quien fué figura cumbre de la fiesta. El ambiente era de recuerdo y el silencio de las veinte mil personas que llenaban el coso madrileño imponía. Como la fecha. ¡16

de mayo! Trece años habían pasado. Y como si la desgracia hubiese sido una semana antes, el público pensaba en Joselito. Descubiertos, con la cabeza baja, mirando a la arena, los tres matadores desfilaban, al compás de un pasodoble, que lanzaba sus notas sin la alegría de tantas tardes.

En las mangas de los centelleantes trajes, unos crepones negros. Y tres colosos, Marcial Lalanda, Ortega y Fernando Domínguez salían a triunfar, bajo la influencia de aquel nombre y la frialdad del momento vivido en el despeje de plaza.

En este 16 de mayo de 1933 tomó la alternativa el diestro de Valladolid Fernando Domínguez. El coloso que nació a orillas del Pisuerga ha sido un «revolucionario» del toreo.

Hoy, Fernando Domínguez pertenece a una promoción que ya pasa a la inactividad. No total, porque se sienten aún con arrestos para luchar, competir y dar cursos, como profesores que son, en las Plazas.

Pero el aficionado exige mucho. Gusta de la novedad y lo actual le llega más. Y estos que crearon una escuela, que tuvieron el toreo en sus manos, arrastrando a las multitudes a las Plazas, están casi olvidados.

¡Oh, la juventud!

En esto estriba el noventa por ciento de los triunfos. Da firmeza. Supera la nota valiente. Y por esa actuación ligada, sin descanso, «se mantiene el sitio».

Esta frase tan taurina, que refleja con exactitud el momento del torero. Porque cuando se pierde, no cabe más que resignarse. Dando paso a los que llegan, ansiosos de triunfos, embriagados por la afición y arrojando a su paso todo. Sin respetar a aquellos que les señalaron el camino para hacerse nombre, mostrándoles lo bueno que encierra la fiesta.

EL PASADO DE DOMINGUEZ

La estación no influye para hablar de toros. Por tanto, el mes de enero es bueno para comentar la fiesta. Sobre el pasado, añorando, los viejos, aquellas faenas de hace treinta años.

Los actuales, comparando. Buscando elevar lo del momento. Fernando Domínguez es joven y surgió en una época de esplendor, en ese momento de transición. Pasando de una cosa ya hecha a lo improvisado. Y Fernando Domínguez es de los que improvisaron, descubriendo cosas, trayendo un nuevo estilo, con aquellos lances pausados, llevando al toro embebido, marcándole hasta el tiempo. Iniciador del parón —erguida la figura—, Domínguez tuvo en su época un núcleo numerosísimo de aficionados por toda España, que sabían valorar el arte que acompañaba a las actuaciones del vallisoletano.

Domínguez, como entonces, ve el toreo con arreglo a su estilo. Y no concibe otro, porque en él se daba valor, arte... y toros. ¡Pero toros!, en la acepción de la palabra.

Triunfos. Recuerdos gratos. Y la historia, que se desliga de la figura, mientras se está en activo. Luego, más tarde, se une. Y de ella vive.

En estos veinte años de luchas, Fernando Domínguez se ha labrado una historia limpia, brillante, respaldada por triunfos que quedan grabados para siempre.

En la tertulia del café, rodeado de buenos amigos

y aficionados «grandes» a la fiesta, Domínguez nos habló de su pasado. También de los planes para el futuro. Y algo, con el tacto obligado para no herir susceptibilidades, sobre el toro.

• •

Fernando Domínguez no tenía ambiente en Valladolid. No es capital que se preste a descubrirnos figuras. Pero él luchó porque Valladolid tuviese un torero. ¡Y bueno!

De esto hace ya veinte años. Tras unos intentos fallidos de su hermano. Este no llegó ni a correr la llave.

Y surgió entonces Fernando.

—¿Qué le impulsó?

—Quizá el oír hablar de toros. Por la amistad que teníamos con unos ganade-

ros y las ilusiones que se sienten cuando los años no ponen reparo a nada.

Y hace un recuento. Calla —unos momentos— al comprobar que todo ha pasado y que la actividad no será mantenida mucho tiempo.

—Yo empecé en Valladolid. Como todos, sin caballos. Pero el triunfo fué grande y ya me sentí con ánimo. Nueve veces actué aquella temporada del año 1927. Hasta que me incluyeron en las de Feria, ese mismo año... Luego, todo vino por su paso. Los contratos en provincias, y a Tetuán de las Victorias.

—¿En qué fecha fué su debut en Madrid?

—En 1932. Por los éxitos de la Placita en que se realizaba una selección, pasé a Madrid. Venía «apretando» y en veinte días despaché siete novilladas.

—¿Pero su mayor éxito?

—Valencia. Corté la primera pata, nuevo modo de premiar la faena. He sido el primer «paseado» en los ruedos. Me llevaron en hombros hasta el hotel.

Y qué cosas dijeron...

Domínguez guarda, para la Plaza levantina, un recuerdo inolvidable.

—Entre las cosas que dijeron, la de que el toreo estaba en mis manos... y no sé cuántas más por el estilo. ¡Claro que armé un escándalo!

—Este triunfo le proporcionaría muchos contratos?

—Dieciséis novilladas. Y al siguiente, la alternativa en las corridas «falleras», de manos de Vicente Barrera. Confirmándola el 16 de mayo de 1933, en Madrid, con Marcial de padrino. Aquella impresión del desfile, descubiertos y los brazaletes negros, obró en nosotros. Pesaba el recuerdo de Joselito..., y el triunfo que yo buscaba quedó para otra tarde. Estábamos como cohibidos, y el público también se mostraba más reacio al aplauso.

No se hizo esperar mucho el éxito. Su estilo de torear causó asombro, y Fernando Domínguez tuvo, efectivamente, en sus manos el toreo.

—Se dice, ahora, que se prepara el comienzo de temporada, que no torearé más...

—Posiblemente. Todo lo supedito a las proposiciones que me hagan. Ahora no pienso continuar.

Si mantiene su pensamiento de hoy, será la marcha definitiva. Ya se retiró en 1941. Y hasta 1944 no reapareció.

—¿Dónde fué?

—En Valladolid, corrándole las dos orejas a los toros. Esto me dió bríos para continuar y tomé parte en nueve corridas. Valladolid, Burgos, Palencia, Málaga, Zamora...

Fernando Domínguez tiene un concepto distinto del toreo y del toro. Hoy —opina— es más fácil triunfar, por el bicho y las figuras.

—Para llegar a Madrid no encontré dificultades. Aunque no todos los de mi época pueden decir lo propio. La clase del toro... Los públicos... Todo está mejor, indudablemente. Las Empresas ayudan. Antes, para venir a Madrid, requerían ser figura. Hoy es todo lo contrario. Y una oreja, entonces, tenía un valor grande. Por el contrario que hoy. A los tres días se olvida todo... ¡Y el toro!

Los años influyen. Y un animal tiene un sentido distinto con tres años —el actual— al de cinco y seis —el pasado—. Puede herir lo mismo, pero también la edad hace los pitones. Las cornadas son iguales...; pero siempre es más fácil triunfar con el toro chico.

Como final guarda un recuerdo de admiración para dos figuras ¡grandes! Juan Belmonte y Curro Puya.

—No han podido ser borrados... —concluyó por decir en los elogios sobre los dos diestros sevillanos.

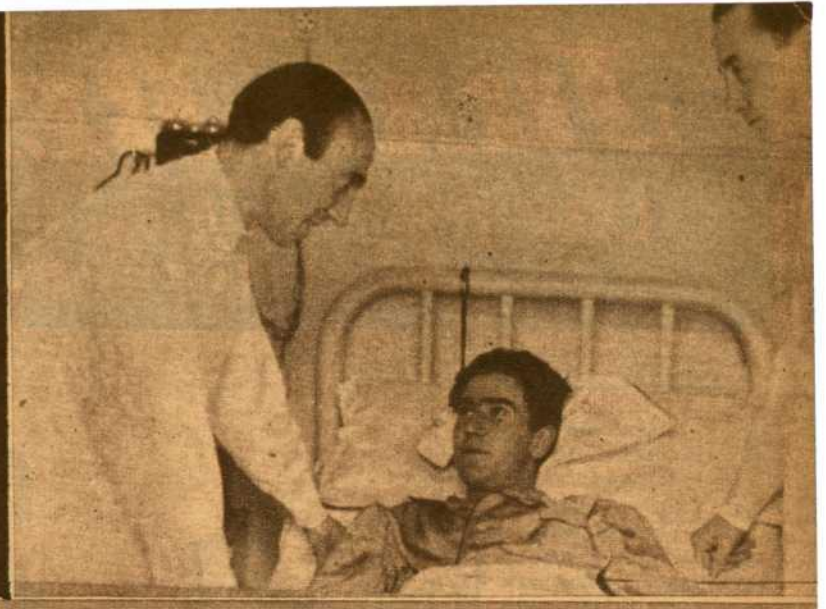


Fotografías que son recuerdo de faenas grandiosas y tardes de éxito. Domínguez ha detenido su mirada en una que será inolvidable. Abajo: Saliendo en hombros de la Plaza de Valencia, la tarde de su alternativa





A la izquierda: Agustín Parra, Parrita, pasados los efectos de la operación, conversa a ni m a damente con su tío, el picador Parrita, y con su mozo de estoches. — A la derecha: El doctor Zumel, que operó al diestro madrileño, se interesa por el estado de su intervenido



LAS COGIDAS QUE SE CURAN EN EL INVIERNO

Agustín Parra, Parrita, operado

A consecuencia del percance sufrido en Granada, había toreado toda la temporada con la herida abierta

El invierno, para lo toreros, es la pausa. Para algunos, el silencio definitivo; para otros, la dehesa, y para otros, el quirófano. Quizá para muchos esto último, porque el invierno arrastra días sobrados para la cura prolongada de una operación que en plena temporada no pudo hacerse, porque las Ferias imponían su cortejo de fechas, con ligeros paréntesis de espera. Muchas veces, el paréntesis no existía. Había que ir de Plaza en Plaza y de tren a tren, en vertiginosa carrera. Y si un día la cogida bordaba en sangre la vida del torero, el grito doloroso no se hacía silencio, porque el diestro saltaba sobre su propio dolor y marchaba a los ruedos con su carne abierta.

Conocemos muchos casos. Y hoy tenemos el caso del joven lidiador Agustín Parra, Parrita, que por el doctor Zumel ha sido intervenido con gran éxito de una lesión que no pudo curar totalmente durante la temporada.

Parrita, con gran entereza y ánimo, toreó su temporada con una herida abierta. Acababa de ser cogido gravemente en Granada, cuando a los pocos domingos reaparecía en Alicante. De fecha a fecha, un tiempo escaso. Tiempo insuficiente para olvidar la cogida y para curar de ella.

Pero ahora los días pasan sin prisas. Las horas pueden consumirse con holgura. Hay tiempo para todo...

Parrita pasó por el quirófano y por las manos expertas del doctor Zumel. Aun no hace veinticuatro horas que fué intervenido Parrita, cuando hemos acudido a él. La escena ha sido la misma de otras veces. Un cuarto blanco y una toca blanca que va y viene vigilante.

Y en silencio. En este silencio, entre amargo y severo, de los sanatorios.

Sin embargo, Parrita sonreía.

—Estoy muy contento. Tenía ya ganas de acabar con esto—me dijo señalándome entre las sábanas un punto de su cuerpo.

—¿Dolorosa la operación? —Hora y media en el quirófano. Pero ya todo pasó felizmente. Desde el mes de junio he arrastrado conmigo la cogida de Granada. Fué de-

masiado grave la cogida para reaparecer tan pronto como lo hice.

—¿Cuándo fuiste cogido?

—El día 1.º de junio.

—¿Y reapareciste?

—El 29 del mismo mes, en Alicante. En la misma corrida que fué cogido Manolete.

—El no tener cerrada la herida, ¿te molestó mucho en la temporada?

—Dolores, no me causaba; molestias, sí; porque antes de las corridas tenía que someterme a un tratamiento.

—De todas maneras, terminaste muy bien la temporada.

—Es verdad. En mi primer año de alternativa he toreado 47 corridas de toros y una novillada. Por mi cogida de Granada, perdí ocho.

—¿Empezarás pronto?

—Espero empezar la temporada en las fallas valencianas, si antes no toreo en Barcelona. Que bien podría ser así.

—¿Usted cree, Parrita, en el abaratamiento de la Fiesta?

—Lo que yo desearía es que se abaratase la Fiesta.

—Que no es lo mismo, ¿eh?

Parrita me miró, y con gran habilidad hizo un giro sobre el tema.

—No podría decírselo exactamente.

—¿Estima usted oportuna esa subida de los sueldos de los banderilleros?

—En el fondo, me parece justa la petición. Pero ¿cómo puede abaratare la Fiesta si empezamos la temporada pidiendo?

—¿Optimista, frente a la próxima temporada?

—Optimista, sí, y contento, también.

—¿Del sanatorio al campo?

—Exactamente. En cuanto el doctor Zumel me dé el alta, marcharé al campo. Tengo que entrenarme bien, para luego...

—Luego, ¿qué?

—La verdad es que yo no sabía qué contestarle.

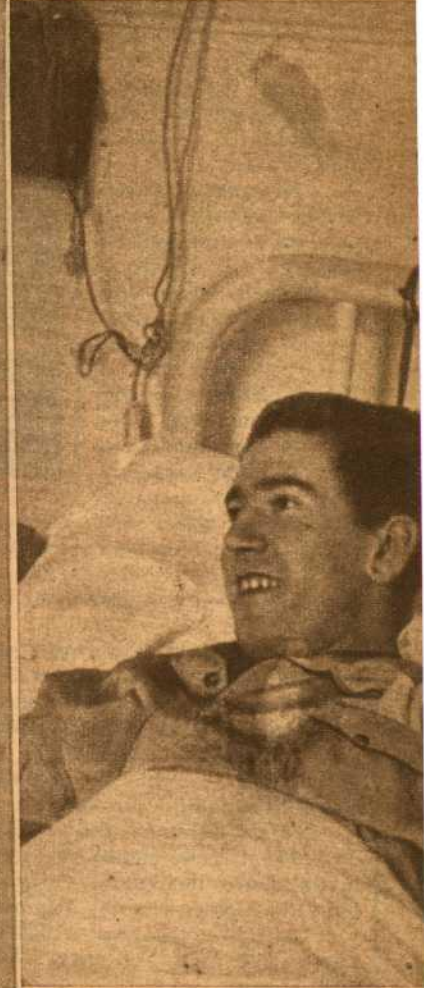
Pero su sonrisa, su sana alegría de mozo, nos decía lo que sus labios callaron. Su sueño de triunfo y de gloria. Parrita, con sus veinte años, con su arte y con su valor, puede soñar.

Debe soñar, afirmariamos nosotros.

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Arriba: Agustín Parra en el sanatorio. — Abajo: El joven matador de toros, sonriente, charla con su padre, que también sonríe, pasado el «susto» (Fotos Manzano)



Arriba: ¡Ahora estoy contento!, nos dice Parrita. — Abajo: Aguado de Castro, buen compañero y amigo, visita a Parrita, con el que celebra alegremente el feliz resultado de la operación



JUAN BELMONTE

Breve bosquejo de la vida de un hombre extraordinario y famoso

LA temporada 1915 la inició Belmonte toreando en Málaga, mano a mano con Gallito. Era la primera vez que uno y otro se encontraban solos frente a frente, y el acontecimiento llevó a la bella ciudad mediterránea a numerosos aficionados de toda España. Baste decir que de Sevilla y Madrid llegaron trenes especiales. Y de Barcelona, Palma de Mallorca y Marruecos, barcos fletados exclusivamente para tal solemnidad. Sin embargo, el resultado artístico de este primer encuentro fué desastroso. Los toros eran chicos y ni Belmonte ni José hicieron nada digno de mención. Don Criterio, con aquella claridad que le caracterizaba, y seguramente indignado por haber hecho también el viaje desde Sevilla, tronó al día siguiente en las columnas de *El Liberal*: «Hoy, seis chritos para los fenómenos que exigen. Mañana, seis toros de Miura para los que pasan por todo y perciben modestos honorarios».

En la feria sevillana de aquel año, a pesar del fracaso del mano a mano de Málaga, se repitió el cartel dos tardes seguidas. Pero la apoteosis de Belmonte se produjo en la quinta corrida, en la de los Miuras. Aquel mismo año se apuntó otro gran triunfo en la corrida de la Beneficencia madrileña. «Yo no recuerdo, escribía un cronista, otra faena que la haya superado. Ni igualado siquiera».

Cuando Belmonte dió aquel año por terminada la temporada había matado ciento sesenta y un toros. En total, había firmado ciento diez corridas; pero por causas diversas había perdido veinticinco. De las ochenta y cinco que toreó, en sesenta y ocho tuvo como rival a Joselito. Como puede apreciarse, ni uno ni otro rehúsa el encuentro...

TEMPORADA DESGRACIADA

El año 1916 fué para Belmonte un año fatal... El 16 de julio, toreando en La Línea, con Freg y Joselito, un toro de Salas le empitizó. Al principio pareció que aquéllo era un puntazo sin importancia; pero cuando Juan quiso reaparecer un mes después en San Sebastián se dió cuenta de que la cogida le había dejado casi inválido. Aquel año no pudo torear más. Por esta causa, aquella temporada actuó tan solo en cuarenta y cuatro corridas.

«EL AÑO DE BELMONTE»

Cuando al año siguiente volvió Juan a los toros, curado, a pesar de que hubo quien creyó que no volvería a vestir más el traje de luces, los públicos advirtieron que el trianero atravesaba una grave crisis.

Belmonte, sin que él mismo pudiera explicarse la razón, se mostraba cada vez más apático y frío. Entonces tuvo Juan una idea salvadora.

Se fué a Sevilla y decidió



Juan Belmonte con el que fué su apoderado y el empresario de Lima en el acto de la firma de un fabuloso contrato para el trianero

comenzar «por el principio». Una noche —como en sus años de aprendizaje— apareció Belmonte, con su antigua pandilla, por las dehesas de Tablada. Allí recobró el entusiasmo que había perdido. Fué tan estimulante el contacto con sus viejos amigos, que las consecuencias no se hicieron esperar: El 27 de abril, en Sevilla, la multitud volvía a aclamarle como en sus primeros tiempos. Aquella tarde salió en hombros por la puerta del Príncipe.

El 21 de junio, en la corrida del Montepío, se anunció el nombre de Belmonte al lado de Joselito y Gaona. El inmenso gentío que llenaba el ruedo madrileño acogió a Juan con manifiesta hostilidad. La lidia fué una sesión ininterrumpida de aplausos para Gaona y para José. Hubo quien a voz en grito pidió a Belmonte que se fuera. Belmonte lloró de rabia al borde de la barrera. En tal estado de ánimo, sonó el clarín anunciando la salida del sexto toro. En un cuarto de hora cambió totalmente el panorama. «Nunca le vi —escribió el ilustre cronista Gregorio Corrochano comentando la corrida— tan cerca del fracaso ni subir con más aceleración la cumbre del éxito». Y continuaba: «Hizo la faena justa, precisa, como la soñaron los grandes maestros... Nunca vi más arte puro, más valentía, más dominio, más estética. No hubo oropel, relumbrón falso, comicidad...» La corrida del Montepío fué la cifra de la recuperación de Juan. Aquel año pasó a la historia del toreo como «el año de Belmonte».

Fué entonces cuando López Barbadillo pidió, desde las columnas de *El Imparcial*, en nombre de «Su Majestad el público», que Juan Belmonte fuera declarado «monumento nacional».

El 21 de octubre se despidió Belmonte del público español toreando en Barcelona con Gaona y Torquito, ganado de Pérez de la Concha. En total, aquella temporada había actuado en noventa y siete corridas, y el número de toros estoqueados se elevaba a doscientos seis. Pocos días después embarcaba en Santander, camino de América. Antes había hecho unas declaraciones a la Prensa, afirmando, entre otras cosas, que no pensaba casarse...

LA BODA DE JUAN BELMONTE

Belmonte le había dicho a Don Criterio, en las declaraciones ya citadas, que no pensaba casarse; pero lo cierto es que cuando regresó a España, casi un año después, traía del brazo a su mujer... Juan se había casado en Lima. Mejor dicho, la boda, celebrada por poderes, se había efectuado estando Juan en Panamá y su esposa, doña Julia Cossío, en Lima. En España la noticia sorprendió a todo el mundillo taurino, porque llegó a la vez que otra que anunciaba la retirada de Juan.

Belmonte retratado en un hotel de Málaga después de haber sufrido una cogida en la Plaza de aquella capital



VII

El año de Belmonte. — Cuando un periodista declaró a Juan «monumento nacional». — La boda. — La muerte de Joselito en Talavera. — Juan se aparta de la fiesta.

Y como a todo esto se unió la muerte repentina de Juan Manuel Rodríguez, el apoderado de Juan (hubo quien creyó que a consecuencia de la noticia, porque aquel año tenía Juan Manuel preparadas unas ciento diez corridas), el desaliento cundió entre los belmontistas.

Mediado agosto de 1918, se anunció el regreso de Belmonte. Venía de recorrer medio mundo, en viaje de luna de miel. Cuatro días antes de desembarcar Juan le puso un cable su amigo, el doctor Serrano, que decía textualmente así: «Encantado de haber nacido. Vuelvo con mi mujer y quiero abrazarte.—Juan». Pero el doctor no pudo llegar a tiempo y cuando Belmonte desembarcó en Cádiz se tuvo que contentar con repartir abrazos entre sus padres, hermanos y algún que otro miembro fiel de su cuadrilla. Después de descansar unos días en el campo, *el nuevo matrimonio* —como decían las crónicas de sociedad— se marchó a Madrid. Juan se enfrentó con los periodistas y les aclaró que no había pensado retirarse de la fiesta.

—Ahora —dijo Belmonte— es cuando estoy más seguro de mí mismo. Yo no he calculado nunca eso de las retiradas. El que lo calcula es que no tiene amor por lo que ejerce. Pero aquel año no se vistió de luces...

LA AMISTAD CON JOSELITO

Al año siguiente, en febrero, volvió Juan a los toros. Aquella temporada sumó ciento diez corridas; mató, en total, doscientos treinta y cuatro toros.

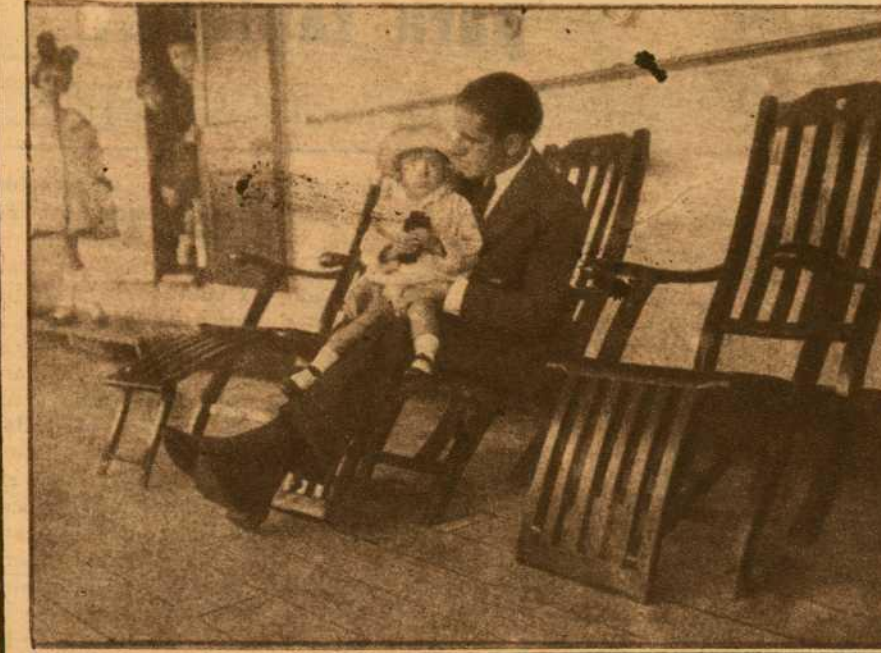
El mismo ha confesado que estaba entonces en su mejor momento.

—Había ido adquiriendo —nos ha dicho— una destreza profesional y una seguridad de la que yo mismo no me creía capaz... Tuve aquel año sólo dos o tres percances y ninguno revistió gravedad. Fué por entonces cuando mi amistad con Joselito llegó a su más sincera plenitud... En los pasillos de los trenes, en los hoteles, en el ruedo... en todas partes, coincidíamos y casi siempre el pobre José me hablaba de sus preocupaciones profesionales o amorosas. A un hombre que tan fácil le resultaba todo, le tenía que doler en el fondo del alma el obstáculo de incomprensión que se alzaba entre su corazón y la mujer que quería.

TALAVERA DE LA REINA

De la temporada de 1920, el más grande y doloroso recuerdo para Juan es la muerte de Joselito en Talavera. El día 15 de mayo torearon los dos en Madrid. El público, que estaba cansado de ver triunfar todas las tardes a uno y otro, se mostró irritado con ellos. A Joselito llegaron a tirarle una almohadilla...

—Esto —dijo José— no



Juan Belmonte con su hija en la cubierta de uno de los barcos en que hizo una de las travesías a las tierras americanas

puede seguir así... Lo mejor es alejarnos durante una temporada de la Plaza madrileña, hasta que al público se le pase este injustificado malhumor...

Y José se fué al día siguiente a Talavera de la Reina para despachar, con Sánchez Mejías, una corrida de la viuda de Ortega. El quinto toro —Bailaor— le hirió mortalmente.

Aquella misma tarde Juan, por haberse suspendido la corrida de Madrid, se quedó en su casa, jugando con unos amigos a las cartas. Fué Antoñito, su mozo de estoques, quien le trajo la triste nueva de la cogida de José.

—Ahora mismo —vino diciendo Antoñito Conde— se ha recibido en Teléfonos una parte para Rafael el Gallo diciéndole que se vaya para Talavera con Mascarell..., porque a Joselito lo ha cogido un toro.

Poco después, Juan celebraba una conferencia telefónica con un amigo de Talavera y conocía toda la verdad: Joselito había muerto en la enfermería de la Plaza.

La impresión que la noticia causó a Juan fué inmensa. Se encerró en su cuarto y no quiso saber más detalles. Dos días después, mientras el tren se llevaba a Sevilla el cuerpo frío de José, Juan alcanzaba en la Plaza madrileña uno de los mayores triunfos de su carrera...

OTA VEZ A LIMA

Cuando terminó la temporada —había firmado ciento dos corridas, pero había perdido más de treinta— Belmonte decidió aceptar un contrato que le ofrecían desde Lima. Guardaba de su primera estancia en la capital peruana muy gratos recuerdos, y tan pronto como pudo tomó el barco para cruzar el Océano. El éxito le acompañó también en esta excursión. Juan no volvió a España hasta final de marzo de 1921.

LA GRAVE COGIDA DE SEVILLA

Juan comenzó su campaña en la feria de abril de Sevilla, con mala suerte. En la segunda corrida, un toro de Santa Coloma lo enganchó por el muslo y le infirió además una grave cogida en la boca. El percance causó en la Plaza penosa impresión. Juan estuvo sin conocimiento varias horas y tardó en curar mucho tiempo. Hasta el 12 de junio no pudo vestir de nuevo el traje de luces. Fué en las fiestas de Algeciras...

En otoño volvió Belmonte a embarcarse, esta vez para torear en Méjico seis corridas. Hasta el mes de septiembre no regresó a España.

—Si puedo —dijo Juan a un periodista en Santander—, estaré un año sin torear... pero de eso a la retirada va un abismo. Cuando me lo pida el cuerpo volveré a los toros.

Pero ya no volvió hasta 1924.

El fenómeno de Triana, con su esposa, retratado en el barco durante la travesía que hizo camino a Nueva York



CUANDO Ramón Bayéu y Subías pintaba en los cartones escenas de toros para tapices, o bien grababa obras de su hermano Francisco o de Ribera, Goya, su cuñado, es el pintor más discutido y de más renombre de España, un renombre que bien pronto ha de llegar por todos los rincones del Universo. Son los Bayéu una familia de artistas. Los tres hermanos —Ramón, Francisco y fray Manuel— se dedican a la pintura, en los tres alienta y se mantiene tenso el espíritu creador, y, ramas de un mismo tronco, sus actividades, siendo una y la misma, crean su estilo personal y diferente, toman derroteros que en la misma ruta habrán de llevarles a puntos distintos, porque cada cual realizó su obra de acuerdo con sus inclinaciones artísticas y su concepto privativo de la pintura.

Sí es verdad que Ramón Bayéu no tiene el prestigio ni alcanza la notoriedad de su hermano Francisco, inmortalizado en un retrato que le hizo el sordo de Fuendictados, que se conserva en el Museo del Prado; pero sus pinceles se mueven con soltura y agilidad, ayudando a su hermano a pintar los frescos de la Basílica del Pilar, de Zaragoza, su tierra nativa, y en cuya ciudad ha visto la luz primera el año de gracia de 1746.

Cuando no pinta, graba, realiza sus estupendos aguafuertes, apoyándose y dirigiéndose en la técnica de Tiépolo, por el que siente verdadera y

Cuando RAMON BAYEU pintaba escenas de toros para tapices...

honda devoción admirativa y simpatía irrefrenable.

Es su propio hermano Francisco su maestro. La mano cariñosa de éste le guía, le orienta y estimula en la difícil y selectiva carrera del arte. Ha sido el gran Mengs quien, por otro lado, ha educado la sensibilidad artística de Francisco y el que le ha ayudado a dirigir con acierto sus ansias de producción pictórica, y así, no extrañará que Ramón, al coger las enseñanzas de Francisco, recoja, a la vez, cierto estilo e influencia de Mengs, que une a su devoción particular por Tiépolo, como hemos dicho, fusionando en su escuela la escuela de los dos grandes maestros afincados en el entusiasmo de las gentes españoles de aquella época.

Ramón se mueve dentro de una esfera auténticamente encuadrada en el mundo del arte. Su hermana Josefa ha casado con don Francisco de Goya y Lucientes, pintor de cámara, excéntrico y genial artista, árbitro de la paleta y del color y supremo artífice del retrato, de la alegoría, del impresionismo y de las escenas de bellísi-

ma y bucólica sensación decorativa en los tapices. Corren los años de la majeza y del tronío. Alternan la marquesa y el prócer con la hembra de rompe y rasga y el chulapo castizo y presumido del Avapiés, de las Rondas o de la Ribera de Curtidores. Van y vienen en coplas reyes y cortesanos. Se dice un piropro al tiempo que se politiquea e intriga y hace una labor de política popular de escaleras abajo. En las fiestas, en las meriendas de la Pradera o ventorros, no falta el espada, el picador o banderillero, los adláteres del arte del toreo, aficionados y dependientes del ruedo. Bulle y se exalta la gente en la vieja Plaza de la Puerta de Alcalá, y las carrozas y calesas van y vienen con manolas de redecilla y falda amplia al popular coso taurino. El ambiente es torero y gitano, flamenco y castizo.

Ramón Bayéu, mientras tanto, pinta y pinta cartones para los tapices, que han de recoger escenas populares callejeras, y, cómo no, escenas de toros. El tema domina y apasiona tanto, tanto, que Goya concibe y crea su célebre *Tauromaquia*. Y mientras el tiempo pasa y el arte de los hermanos Bayéu se consolida, Ramón sigue pensando que la pintura española, el arte español, está fuertemente ligado al no menos arte de lidiar reses bravas. En Aranjuez le sorprende la muerte el año 1793, cuando contaba cuarenta y seis años.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

Los novillos o corridas de toros en Carabanchel Bajo, bello y magnífico tapiz, debido a Ramón Bayéu, que se conserva en el Palacio Monasterio de El Escorial.



RAFAEL RIVELLES

va a barrera para no perderse ningún detalle de la lidia

"Si Joselito hubiera alcanzado estos tiempos..."



UN ACTOR EN BARRERA

CADA vez que su vida de actor —de este gran actor que es Rafael Rivelles— le trae a Madrid en época de toros, se puede ver al comediante excepcional en su localidad de siempre, en su barrera, cerca del llamado «burladero de los toreros». Frecuentemente, sus brazos se apoyan sobre un capote de paseo dejado en prenda a Ra-

fael por alguno de los diestros durante el tiempo que dure la corrida. Porque Rivelles es amigo de todos los toreros. Los conoce, a unos más y a otros menos, pero los conoce a todos. Desde su asiento recibe los saludos —los saludos apenas perceptibles para el resto de los espectadores, ya que a veces consisten en un apunte de sonrisa, en un breve parpadeo— de los matadores y de los banderilleros y peones. Y él está allí, con el sombrero colocado, con sus gafas de color, procurando pasar inadvertido para el público, precisamente para confundirse con él y ser uno más. Uno más en la barrera.

—¿Siempre va usted a barrera, Rafael?

—Siempre. Y en Madrid, a la misma. Me gusta ver las faenas de cerca, y si despachan localidades de redondel, allí estaría yo. Las corridas varían según desde donde se las mire y según como se las mire. Cuanto más cerca, mejor se aprecia todo, como es natural. Y a mí me agrada no perder el menor detalle.

«AL PASAR POR LA CALLE MAYOR...»

Como se sabe, Rafael Rivelles nació en Valencia. En la ciudad del Turia transcurrieron sus años infantiles, siempre presentes en su memoria, porque están para él llenos de recuerdos inolvidables. Uno de ellos es su presencia en las corridas, en esa misma Plaza que aún existe y que tanta historia taurina guarda: la muerte de los Fabrilo, las apoteosis de Belmonte, las pintureras faenas de El Galio, los triunfos de Granero...

—Yo iba a la «naya».

—¿Y eso qué es?

—¡Hombre, parece mentira que usted no lo sepa! La «naya» se llama allí a la andanada. Costaba ochenta céntimos. El tendido era un poco más caro: una peseta con treinta.

—¿Y a qué edad empezó usted a ser espectador?

A los siete años. Ya ha pasado algún tiempo... Me llevaba mi padre. El primer cartel que vi fué uno que era el mejor que se podía hacer en aquellos tiempos. Como que en una canción que estaba de moda figuraban los tres matadores. Una que decía: «Al pasar por la calle Mayor — Bomba, Machaco y Vicente Pastor...»

—Los tres ases...

—Yo vi la despedida en Valencia de Machaquito. Le maltrataron los toros, y salió con el traje destrozado; pero entera su valentía, que no bajó ni un milímetro.

SI JOSELITO VIVIERA...

Rivelles no quiere definir sus preferencias por ningún diestro de la actualidad. Y es lógico. Los toreros y él viven del público. Pero sí quiere decir que, para él, el mejor de todos los tiempos que ha alcanzado a ver es Joselito

—Sí, Joselito. Hoy se torea, no lo discuto, de una manera más perfecta; pero yo tengo la seguridad de que Joselito lo haría también, se pondría al corriente de estos modos de hoy, con estos toros de hoy.

—¿Fué usted antibelmontista?

—¡No, nunca! Belmonte fué el revolucionario. Pero Joselito era la sabiduría, la ciencia aplicada al arte taurino, para el que estaba dotado en todo, desde la figura al entendimiento. Fué, para mí, la figura cumbre, sin desperdiciar los méritos de los demás, que en el caso de Belmonte, por ejemplo, fueron extraordinarios

LO DIFÍCIL DE LO DIFÍCIL

Pasemos a otra cosa, mientras Rivelles, al mismo tiempo que sigue la conversación, atiende a la «lidia» de un solomillo con patatas. Porque estamos en el camerino. Entre la pausa que deja el final de la función de tarde y el principio de la de noche. En esa hora escasa, en la que el actor —el actor es pañol, condenado, no sabemos por qué, a la esclavitud artística— ha de cenar, atender a las visitas, resolver asuntos, recibir, como hoy, al periodista..., y prepararse para estar a punto a la llamada del avisador.

—Usted, que tantos personajes ha creado en la escena, habrá hecho también algunos relacionados con la fiesta...

—No muchos. En el cine hice el «Currito» de «El embrujo de Sevilla», que dirigió Benito Perojo. En el teatro, «La paz de Dios», una primorosa comedia de Serrano Anguita. Es muy difícil hacer toreros en el teatro. Claro que es más difícil estar como tales en el ruedo.

—Y dentro de ello, ¿qué es lo que podríamos llamar lo difícil de lo difícil?

—Estar bien muchas veces. Es decir, la continuidad en la perfección. Dentro ya de los diferentes pases, yo creo que lo que tiene más mérito y dificultades es el natural.

LO MEJOR Y LO PEOR

—¿De qué faena guarda mejor recuerdo?



—De Arruza, en la feria de Valencia. De Manolite, en Madrid... Hoy se ven muchas corridas buenas; esta es la verdad.

—¿Se torea mejor que antes?

—Mucho mejor; pero en ello ha influido considerablemente el toro, que ahora humilla en seguida y permite un toreo más precioso: el toreo de las manos bajas.

—¿Qué es lo mejor de la fiesta?

—El toro. Sin toro, no hay fiesta ni hay nada más que aburrimiento. Todo eso del ambiente, el sol, las mantillas... ¡Nada!

—¿Y qué es lo que más le desagrada?

—Los gritos extemporáneos. Esas voces inoportunas que a veces salen de los tendidos, y que tal vez debiera hacerse algo por evitarlas...

—¿Usted es un espectador ecuaníme?

—No grito, ni silbo. Aplaudir, sí, siempre, en cuanto tengo el menor pretexto; porque creo que delante de un toro nada es fácil de hacer. ¿Qué mayor castigo, qué desprecio hay, para el espada desafortunado, que pueda supeparar al del silencio?

—Y en sus viajes por el Extranjero, ¿ha visto toros?

—Sí, siempre que he podido. Pero es distinto todo. Es... otra cosa. Entienden menos. Aprecian las cosas de otra manera. Los toros hay que verlos aquí, en España.

—¿Ha toreado usted?

—¡Cómo! ¡Varias veces! En Bilbao, en Valencia. Y he matado y todo. Como he podido, pero he matado. Matar bien es algo maravilloso. Hay que exponer mucho para eso. Por eso, yo he matado siempre mal, muy mal...

El avisador ha dado la tercera. Rivelles, que terminó su naranja de postre hace diez minutos, da el último toque a su maquillaje, y se marcha presuroso, sin tiempo más que para decirnos:

—¡Ahora vuelvo!

Pero nosotros, en lugar de esperarle, nos vamos al patio de butacas, para admirar el trabajo de artista tan notable.

El próximo día 21 se cumple el tercer aniversario de la muerte de FELIX RODRIGUEZ

El próximo día 21 hará tres años que, en su casita de la Ciudad Lineal, dejó de existir, a los treinta y seis años de edad, el que fué famoso matador de toros Félix Rodríguez, tras penosa y larga enfermedad que le tuvo postrado en el lecho varios años.

El infortunado diestro, aunque era natural de Santander, había vivido desde su niñez en Valencia, por lo que se consideraba vinculado a esta tierra.

Cuando Félix apenas contaba diez años, su padre, que era funcionario de Ferrocarriles, fué trasladado a Valencia y destinado a la estación del Norte.

Aunque en un principio se dedicó a cursar los estudios primarios en el colegio de los Hermanos Maristas, pronto despertó en el chaval la afición a los toros, dedicándose, en los ratos que le dejaban libre los estudios, a torear de «salón» en la terraza de la estación del Norte.

El día 19 de febrero de 1922, a los quince años



Félix Rodríguez en unión de sus hermanos, el día en que participaron en un festival organizado por los Jesuitas en beneficio de los pobres



Félix, gran entusiasta del fútbol, jugó de medio centro con el equipo del 20 Regimiento de Infantería, en donde cumplió el servicio militar

torero en Perpiñán, en el año 1932.

En la Plaza de toros de Madrid, al entrar a matar a un cornúpeto de Trespalacios, fué enganchado, sufriendo una cornada gravísima en el muslo izquierdo. Otra cornada grave fué la que le infirió un toro en el brazo derecho, toreando en Valencia.

Con el fin de aliviar la angustiosa situación económica en que le había precipitado la enfermedad, en el año 1942, y por iniciativa de Antonio Márquez, se celebró en Madrid un festival a beneficio del desgraciado torero. En dicho festival tomaron parte, desinteresadamente, gran número de toreros, consiguiéndose una buena recaudación que sirvió para mitigar, de momento, los sufrimientos que poco a poco iban arrancándole la vida.

Su muerte fué sentidísima en toda España, ya que era querido y admirado por todos, por su carácter bondadoso y sus extraordinarias dotes como



Félix Rodríguez durante su penosa y larga enfermedad

de edad, vistió por primera vez el traje de luces en una novillada sin picadores, alternando, en la lidia de seis novillos de Antonio Fuentes, con Esparterito de Valencia y el sevillano Antonio Mesa. Félix, que figuró en los carteles de esta corrida con el apodo de Dinamita, alcanzó en su primer novillo un éxito rotundo, dando la impresión, más que de un debutante, de un torero hecho.

El público y la crítica hablaron de él en términos tan lisonjeros que la empresa

lo repitió el domingo siguiente, logrando triunfar de nuevo.

A partir de este día los aficionados hablaban con verdadero entusiasmo del joven torero, en el que veían una promesa, siendo uno de sus mayores entusiastas el famoso pintor de carteles de toros Ruano Llopis. Fué entonces cuando el repotero gráfico Lázaro Bayarri formó una cuadrilla juvenil con Félix Rodríguez —que ya había prescindido del apodo de Dinamita— y Alpargaterito. Por estimarlo interesante, recogemos el hecho de que, teniendo que torear ambos en Requena (Valencia), el hoy mozo de estoques y entonces representante de los dos toreros, Felipe Martínez, Barrita, al examinar los novillos se opuso a que toreasen, por ser los bichos de excesivo tamaño; pero Félix se empeñó en hacerlo, causando la admiración de los espectadores ante la gesta de aquel niño que se enfrentaba casi con una corrida de toros.

El debut con picadores lo hizo en Valencia, lidiando reses de Murube, en unión de Fernando Ruiz, Guerrillero, y el difunto Manuel Báez, Litri, continuando como novillero hasta el mes de abril de 1927, en que tomó la alternativa en Barcelona, de manos de Victoriano Roger, Valencia II. En Valencia hizo su presentación como matador de toros el día 15 de mayo del mismo año, en la corrida organizada por la Asociación de la Prensa, ganando la medalla de oro ofrecida al diestro triunfador. En esta corrida alternó con Manolo Martínez y Chave, lidiando toros de la viuda de Concha y Sierra.

Durante su primer año de matador de toros llegó a torear cerca de cuarenta corridas, alcanzando éxitos tan grandes que en el año siguiente contrató más de cien, no tomando parte nada más que en veinticuatro, debido a la enfermedad que años más tarde le iba a apartar definitivamente de los ruedos.

Bastante restablecido, en 1929 logró torear sesenta y cinco corridas, marchando, al finalizar la temporada, a América, en donde continuó los triunfos conseguidos en España.

Agravado en su enfermedad, se vistió por última vez de



La cornada que le infirió un toro, en el brazo derecho, toreando en Valencia

lidiador, que le hacían uno de los diestros más completos que han desfilado por los ruedos.

La fiesta nacional perdió, con la muerte de Félix Rodríguez, a uno de sus más firmes mantenedores.

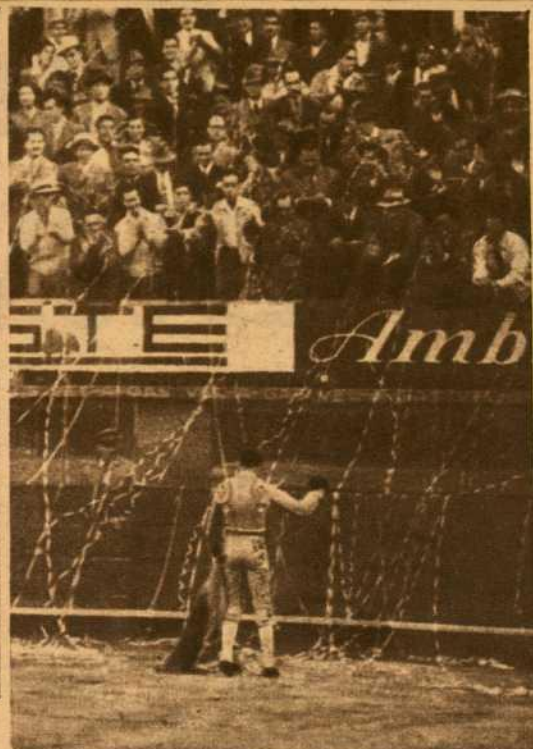
Su recuerdo perdurará en la memoria de los aficionados que tuvieron la suerte de extasiarse ante la exquisitez de su arte y su valor indomable.



Solórzano y Manolo Escudero en el acto de recibir, este último, la alternativa de manos del mejicano



En el día de su presentación, Manolo Escudero en un pase por alto



Después de matar a su toro, el diestro de Embajadores da la vuelta al ruedo y recibe la ovación del público mejicano



El limpio estilo del de Embajadores, con la capa queda demostrado plenamente en esta verónica

PRESENTACION DE MANOLO ESCUDERO EN EL TOREO

Hoy nos llegan estas fotografías del día de la presentación de Manolo Escudero en Méjico, en la Plaza de El Toreo. Aunque la fecha ya no está cerca, no dejan de perder su novedad.

No fué una gran tarde de toros la que dieron los toreros que formaban el cartel. Solórzano, Silverio Pérez y Manolo Escudero tropezaron con la mansedumbre y mal estilo de los toros, de Pasteja. Y a lo largo de la corrida, apenas si los destellos del buen arte del madrileño dejaron una grata impresión en la memoria de los espectadores.

Pero, mejor que nosotros, este resumen gráfico de la presentación de Escudero podrá decir al lector qué es, en realidad, lo que allí pasó.



Manolo Escudero dando la vuelta al ruedo el día de su presentación en El Toreo



Manolo Escudero, en El Toreo, toreando al natural



Una manoletina del torero madrileño dada en la plaza de El Toreo

LA DESCOMPOSICION DEL PUBLICO

HABLABAMOS, en nuestra última crónica, de que el público, en las actuales condiciones, no puede hallarse bien dispuesto a "ver" los toros, sino que se halla preso en una serie de desviaciones y reservas mentales que hacen difícil, por no decir imposible, aun la mínima serenidad necesaria, con más o menos pasión encima, para ser un elemento activo en las corridas de toros. A este respecto, faltó espacio, que no ánimo ni devoción, para apoyar lo dicho en el formidable juicio de autoridad de mi admirado y querido amigo José María de Cossío. Trataba el maestro Cossío, en uno de sus artículos, de la falta de serenidad que se venía observando en las Plazas, cuajadas de públicos histéricos e irresponsables a menudo. No se recuerda bien si la argumentación venía a pelo de una serie coincidente de declaraciones de diestros que se quejaban de la falta de sabiduría y compostura taurina de los públicos. La réplica de Cossío era irrefutable, y se ceñía a recordar cómo estando, como están, desequilibrados todos los aspectos técnicos y económicos de la fiesta en toreros, ganaderos y empresarios, no veía la manera de que los públicos no hubiesen acordado su nota de desequilibrio ante un diapason tan constante.

Moderación de exigencias, serenidad de juicio. ¿Dónde o en dónde se encuentran estas virtudes entre la grey taumática y coetuda? Una de las mayores responsabilidades del momento, exigible entre la docena mandona, es haber sacado de quicio el toro. Superficialmente, podrá parecer que esta salida de madre, que ha metido a mucho público en las Plazas, ha podido ser beneficiosa. La única verdad ya se verá dentro de poco tiempo, porque lamento la agorería; pero a uno se le antoja que el "crack" económico, y aun el artístico, están a la vuelta de la esquina, como sigue ineluctablemente a todo fenómeno de inflación. Cuando, hace tres temporadas, uno comenzaba a escribir "de re taurina", creía que la aparición de cualquier mozo con el relieve suficiente para, sin fenomenalidades, volver los toros a la convencional normalidad en que se ha desenvuelto la fies-

ta por más de un siglo y cuarto, bastaría para que su nombre pasase a la historia del toreo con caracteres dorados, sin parar demasiadas mentes en otras cualidades intrínsecas de su personalidad en la arena. Entonces creía que para ello bastaba enfrentarse a toros de verdad, torearlos por los cánones clásicos y matarlos por derecho. No se hace tres temporadas; pero ahora llegaría tarde. Los "corros" del toreo, y los mismos públicos intoxicados, lo dificultarían bastante. Unos, porque han pasado de un espíritu comercial —aquí ya no se habla sino en puro negocio, porque no va a ser cosa



de perder el tiempo en apelar a las míticas virtudes pundonorosas del toreo antiguo, que no se sabe si existieron—, a un espíritu estraperlista. Los otros, o sean, los públicos, porque la cosa ha calado tan hondo, que necesitan, por desgracia, un derrumbamiento cataclísmal, una catarsis definitiva.

Yo creo que el ejemplo ha quedado claro con mentar al comerciante y al estraperlista. Es cuestión de límite, de forzamiento, de procedimiento. Por eso, he aludido dubitativamente a los que en la antigüedad sólo hallan caballeros andantes vestidos de luces. Hace tres años uno era, digamos, más romántico en la materia. Ahora, el entusiasmo concreto se ha rebajado algo al leer cosas pasadas y ver cómo Mariano de Cavia, mi ilustre paisano, el viejo campeón lagartijista, trata a Joselito en una de sus crónicas, firmada por "Sobaquillo". A mí, Joselito me producía una impresión de torería perfecta, rimada con el tiempo ido de mi niñez. Pues "Sobaquillo" lo trata peor que un trapo, por tres causas: por su mínima importancia al lado de los héroes de la época de Lagartijo y Frascuelo, porque torea becerros con posturitas que los públicos nuevos —en época de Cavia— aplauden

hasta el paroxismo y por sus exigencias de honorarios.

Nada nuevo bajo el sol. No quiero decir que mi filiación gallista se haya resentido, ni que crea que Cavia, gran escritor, no era un atrabiliario de la nostalgia cuando se calaba la montera de "Sobaquillo", que desdeñó al Guerra y que llamó a Joselito "el Niño de la Trenza Lisa", con una extralimitación que no conoce la crítica de hoy, mucho más sometida. Pero así eran las cosas.

Lo dicho, dicho está con el ánimo de anotar unas tendencias no nuevas. ¿Es lo mismo ahora? Como decíamos antes, todo pende de los límites de una tendencia invariable. El comerciante, como el torero antiguo, buscaba la ganancia dentro de unos límites que se apreciaron justos. No caballeros andantes, pero sí con las virtudes de seriedad, honor a la forma y al buen crédito, que no se procuraba forzar.

Lo de ahora ya cae cerca del estraperlismo, o sea forzar, hasta el paroxismo y a la desesperada, los últimos límites de la oferta y la demanda, sin preocuparse de que su ganancia descomponga la sociedad o la fiesta de toros.

La descomposición de los públicos es, justamente, la contrapartida que cotizan y cobran los medradores actuales del toreo, que son responsables de que el público no "vea" las corridas. Que no se quejen de los públicos, cuya descomposición cotizan y cobran.

Ahora, me dice mi querido compañero "Juan León" que la exclusiva Arruzapuchades es probable no sea cierta. Y mi no menos querido compañero "Recorte" me envía uno de una crónica en que desvela algo la materia. Yo, al comentarla inicialmente, ya advertí su posible entidad de globo soná. Pero en la semana que viene insistiré, con las atinadísimas conclusiones de "Recorte" a la vista, en la "faena" que supone. Si era cierta, ya hemos dicho lo que significaba. Y si es un "bluff" a su nombre para sacar bien el jugo, ya me dirán ustedes si estas cosas componen o descomponen a los públicos y al toreo.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

LA GRACIA Y LA ESTOCADA

HE aquí un cartel de los que pueden, en el papel, colmar las ambiciones de cualquier clase de aficionado. De aquel que le guste la emoción y el momento supremo de la estocada, y de aquel otro que se deleite en la gracia de un lance lento, suave y ajustado.

Se trata de las figuras que torearon una de las corridas que anualmente se celebran en San Sebastián a beneficio de la Asociación de la Prensa.

Villalta, Cayetano Ordóñez, Martín Agüero y Antonio Márquez. Apenas si podemos recordar qué es lo que sucedió en aquella corrida. Pero de lo que si estamos seguros es de que el público, en el momento de ver impreso el anuncio del festejo, correría de un lado para otro en busca de las oportunas recomendaciones, a fin de conseguir la entrada y encontrarse en la Plaza a punto, cuando las cuadrillas desplegasen su aire pinturero a los compases del clásico pasodoble.

Porque, como ya decimos al principio de estas líneas, allí había para todos. El valor recio y emocionante del baturro, con su clásico y escalofriante parón, en franca

competencia con la decisión del vasco Martín Agüero. Y la exquisitez del arte puro, de la filigrana, en los capotes de los otros dos componentes del cartel. Cayetano Ordóñez, aquel del que se dijo

que «era de Ronda...», y el madrileño Antonio Márquez, del que no hace falta buscar calificativo, pues su nombre ya envuelve la gracia de todos los adjetivos.

Era una corrida, pues, para los dos bandos. Para aquellos que gozan con la emoción de la estocada y que la defienden por encima de todo. Y para aquellos otros que juzgan que la estética es lo importante.

Villalta y Agüero se encargarían, en aquella tarde, de dar la razón a los suyos, compitiendo en clasicismo, al volcarse sobre el morrillo sangrante de la res. Y El Niño de la Palma y Antonio Márquez sacarían el tarro de las esencias, dispuestos también a defender la opinión que les seguía.

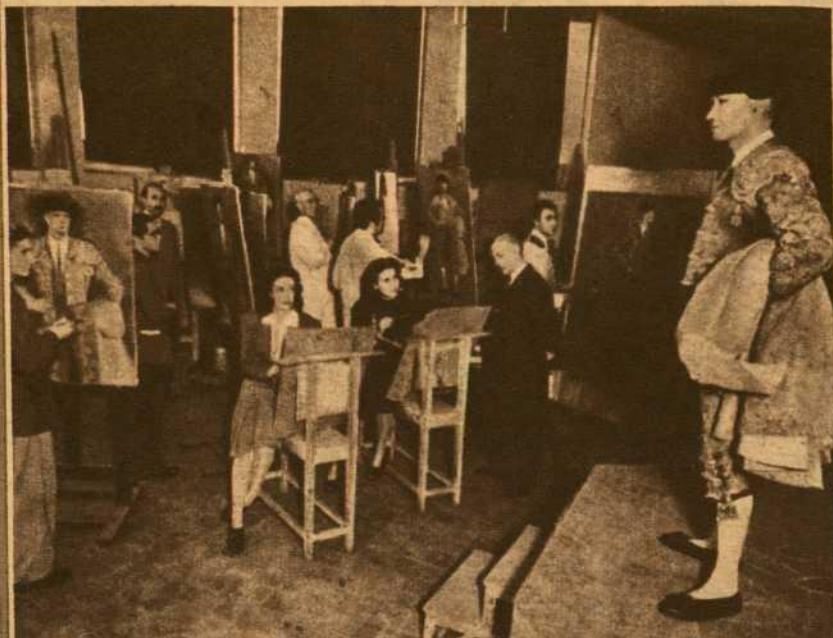
Y aunque no sabemos lo que pasó, no es difícil figurarse que habría mucho. Pues con un parón del maño, un volapié de Martín, un natural del de Ronda y una verónica de Márquez, la corrida habría destilado toda una gama del arte de torear bien.

Un cartel, en fin, de los que ahora no se podrían formar. Porque hoy la tendencia está de un lado: de la filigrana y la estatua.



Pintores lo retrataban...

El Niño del Museo posa en la Escuela de Bellas Artes



HE visto al Niño del Museo posando en la Sala de Estudios del Círculo de Bellas Artes. Esta fotografía, así, apenas dice nada si no se relaciona con un poco de buen deseo el apodo taurino de este humilde diestro con esta fuente de producciones museísticas que son las Escuelas de Bellas Artes. Pero esta fotografía tiene una humanidad honda, personalísima, espectacular...

Juan Pardo es electricista, vendedor de perfumería y representante de baratijas diversas. Pero Juan Pardo, además, es el Niño del Museo. Y el Niño del Museo es la más alta y ancha vocación taurina que conocieron los ruedos. Pero sólo es eso: una vocación tan sentida como imposible, mantenida con fe, a despecho de los resultados de sus actuaciones.

Es difícil comprender el drama del hombre que se siente torero a la edad de Juan Pardo, que se aproxima ya a los cuarenta años. El asegura, muy seriamente, una y mil veces, que hará una innovación en el toreo. Por lo pronto, ya ha hecho más amplias las variedades de las corridas nocturnas. Y en esta amplitud de su seriedad insoportable, en juego quijotesco con su ideal malogrado, y en este acento tartarinesco de saberse figura, está todo el alma de un hombre bueno, infeliz y entusiasta, que se ha ganado, por derecho propio, la popularidad de que goza. Seria-mente, con el tópico habitual que llevan los coletudos geniales de nuestros días, el Niño del Museo ríe para adentro...

Juan Pardo se enteró hace días de que el Círculo de Bellas Artes buscaba un modelo de torero y él se ha presentado personalmente para posar. El Niño del Museo, con su traje de luces alquilado, es un modelo ejemplar. No se mueve, ni respira casi. Piensa en que lo están immortalizando. «¡Ahora, ahora, sabrán las gentes quién es el Niño del Museo!», al cual retratan artistas de mucha fama para su idea y a quien pintan, ejercitándose, alumnos de una escuela especial. Motivo este del modelo con traje de cañales que rompe más y más el círculo de hierro que encadena a Juan Pardo a ser tomado a broma. Plumas como la de Díaz-Cañabate lo cantan, pintores lo llevan a sus lienzos, y natural es que mi pobre máquina lo saque a la actualidad en estos momentos para él gloriosos. Triunfó en su arte y fué aplaudido. Por eso, por incomprendido y apasionado, ciego y entusiasta, el Niño del Museo se ha hecho popular. Y le aplauden, le comentan, le pintan y lo retratan...—M. SANTOS YUBERO.

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

A PUNTA DE CAPOTE

El tanguillo de Curro Guillén



EN las últimas décadas del siglo XIX aun cantaba el pueblo gaditano el tanguillo de Curro Guillén. Yo lo recuerdo en mis años infantiles, entre 1885 y 1890. ¡Maravillosa pervivencia de un cantar en el alma del pueblo! Las grandes figuras del toreo dejan una huella profunda en el folklore cuando son infortunadas. Nada hay que se apodere de nuestra conmiseración, con más legítima simpatía, que el valor desgraciado, cuando el que lo derrocha es su propia víctima en plena juventud. Así nos llega, a través de las muertas generaciones, la repercusión dramática que galvaniza una sombra como la de Pepe-Hillo o Curro Guillén. En una copla, y hasta en una frase, hallamos el balbuceo del mito y la leyenda, y lo que es más, el grafismo exacto, como en el tanguillo citado, en el que se nos perfila el torero caído en Ronda con toda su silueta.

¿Es posible, con el solo elemento de una copla, reproducir la faena de un torero y determinar cómo la ejecutaba? Yo creo que sí. Con sólo un diente se ha reconstruido un mamífero de la prehistoria. Una copla es más expresiva y describe mejor. Pero antes debemos situar la figura torera de Curro Guillén en el ambiente de su época y en el punto trágico en que perdió la vida en la Plaza de Ronda el 20 de mayo de 1820. ¿Cuál fué la causa de la muerte de este lidiador, sin duda el más grande de la época, ya retirado el gran Pedro Romero? La causa aparente fué el grito de un espectador que ponía en duda los arrestos del espada para dar muerte recibiendo al toro que tenía delante. Pero, ¿es creíble que el grito esporádico de un salvaje cualquiera fuera poderoso para que un maestro de la serenidad acreditada de Curro Guillén se lanzara al aibur temerario de recibir un toro sin condiciones para esa suerte tan viril como arriesgada? Yo creo que no; el grito aquel que hirió al espada en los entresijos de su amor propio no era un grito suelto; era la opinión casi unánime del público de Ronda. Por venir tal opinión de tal público fué por lo que el torero se olvidó de sí mismo en el arrebato de la vergüenza profesional, en que hasta el instinto de conservación se olvida. Por eso digo que, el grito aislado no fué sino la causa aparente de la tragedia. El maestro no podía olvidar que torea en la clásica plaza legendaria, cuna del toreo y patria chica de Francisco Romero, patriarca de una estirpe torera y creador de la suerte de recibir, a mediados del siglo XVIII. Esta suerte, magnífica, imponente por su valor, era la piedra de toque del mérito intrínseco de los matadores. También era la suprema razón, ápice de la fiesta. No es extraño, pues, que los públicos de entonces, apasionados como los de ahora e injustos por apasionados, exigieran a grito herido que los grandes ases del toreo mataran los toros recibiendo a toda ley. Cuanto más subido es el mérito del artista, tanto más crece por lo mismo la hostilidad del bando que le es adverso. Y siempre hubo bandos. Por ellos, muchos lidiadores regaron con su sangre las arenas de las Plazas, sangre que debía caer sobre la conciencia de la colectividad.

Pero Curro Guillén, torero dominador si los hubo, ¿sabía recibir toros o no? Por recibirlos perdió la vida aquel 20 de mayo... Empero, la duda sobre su ciencia de lidiador en este trance llega hasta nosotros con un sentido antes negativo que afirmativo. La tradición no le asigna ciertamente esta rara especialidad. ¿Es justa la opinión que se deduce de este hecho? No del todo. Yo tengo una prueba en contra, por demás elocuente, viniendo de quien viene... Un hallazgo que no es el testimonio de un escritor, sujeto siempre al prejuicio por partidismo o por ambiente. Es la prueba plena —que así puede calificarse— del voto popular, cristalizado en su folklore. Un hombre se equivoca, no un pueblo; el aura popular es insoportable.

He aquí la estampa viva de Curro Guillén a través del famoso tanguillo de Cádiz:

*Cuando algún toro le toca
al señor Curro matar,
hay que ponerse los lente
pa ver del maestro
la serenidad.
Porque después de cuadrarse
y de citar a la res,
ni dos minutos se pasan
sin ver a la fiera
rosnando a sus pies,
Caballeros y madamas,
no hay un hombre
más barbián.
No hay coraje como er suyo
en el arte e toread,
¡Que viva su gracia!
¡Que viva su aquí!
¡Que Dios le conserve
las mano y los pies!*

¿No vemos en los cuatro versos subrayados la viñeta exacta de un gran torero que recibe toros con la difícil sencillez y grandeza que manda Pepe-Hillo en su *Arte de torear*? Después de cuadrarse y de citar a la res, el matador la despacha en menos de dos minutos; es decir, el tiempo cronometrado preciso para que la fiera sirva de alfombra al héroe popular. Este testimonio del pueblo de Cádiz acredita a Curro Guillén de gran matador en la suerte de recibir. ¿Cabe afirmar lo contrario?

Un detalle avalora, a mi entender, la exactitud del célebre tanguillo. En el tiempo precisamente de Curro Guillén, Cádiz —la tacita de plata— era una ciudad opulenta; sus habitantes tenían fama, y aun la conservan, de ser las personas de trato más fino y señorial de toda España. Tan era así, que el autor anónimo de la copla, al brindarla a sus paisanos y paisanas, les dice con todo el sabor de su irónico gracejo:

Caballeros y madamas.

FEDERICO OLIVER

LA DINASTIA VALENCIA

VICTORIANO ROGER se hizo célebre por su toreo, pródigo en detalles temerarios

VALENCIA I le aventajó en facilidad y elegancia



José Roger, Valencia I



Victoriano Roger, Valencia II

HABLAR de la dinastía taurina Valencia es tanto como recordar la encarnación del valor hasta rayar en el desprecio de la vida en aras de la honradez profesional. Dotados de una dignidad y de una seriedad extremadas consiguieron que el apellido Roger sea, desde hace sesenta años, patente de recla personalidad y de acusada valentía en el arte de torear.

José Roger, fundador de la dinastía, aunque en verdad no pasó de banderillero, pudo ufanarse de haber sido uno de los subalternos más prestigiosos y solicitados de finales del pasado siglo. Ingresó en la cuadrilla del Espartero y le cupo la triste efemérides de banderillar a Perdígón, que en sus buidos pitones llevase la vida del maestro.

Los dos hijos —José y Victoriano—, tras sufrir un largo aprendizaje —ocho años actuó el segundo de monosabio— y hacer frente a un calvario de dificultades, consiguieron para su "alias" honrosa celebridad.

Valencia I tuvo un estilo más elegante y depurado que su hermano. Todo lo hacía y todo lo ejecutaba a la perfección. Pero a veces sus grandes cualidades, con ser muchas, quedaban empañadas por una desgana, por una apatía que fue la causa de no haber podido sostenerse mucho tiempo en el preferente lugar que había llegado a escalar.

En plena adolescencia, cuando Pepe Roger tenía el ánimo pletórico de impulsos, consiguió que su nombre figurase en cuantos carteles de tronío se confeccionaban no sólo en los ruedos del solar español, sino también en los de América y Francia.

Luego, sin causas aparentes, acaso un poco asustado por su vertiginosa y triunfal carrera, Valencia I fue poco a poco hundiéndose en el olvido y en la indiferencia de los públicos, incluso de aquellos que nunca le regatearon su entusiástico fervor. Y a este respecto conviene recordar que José Valencia fue el primero que, en la Plaza de Madrid, consiguió cortar dos orejas y un rabo.

El ascenso a la alternativa se lo facilitó su destacado triunfo del 17 de mayo de 1919. Alternaba en Madrid aquella tarde con su hermano y el estilista del volapié Eugenio Ventolrá.

Después de una gran faena a un manso de la vacada de Pérez de la Concha, con los terrenos cambiados, dando al buey todas las ventajas, desde muy cerca, sepultó todo el estoque, tumbando al bruto sin puntilla.

Por percance de sus ojos compañeros, en franca borrachera de arte, de valor y de dominio, volvió Valencia I a repetir la faena en los tres toros que faltaban por lidiar, y después de haberlos toreado de capa y muleta con su mejor y variado repertorio, mató a los tres de soberbios estoconazos, aguantando de verdad y saliendo siempre limpio del embroque.

Menor belleza tenía el toreo de Victoriano; pero en cambio superaba a su hermano en detalles emocionantes, hijos de un valor temerario y de una rabiosa exaltación de su amor propio.

Esto no quiere decir que no poseyera detalles de artista. Dígalo si no el sello personal que supo imprimir a sus medias veró-

nicas, cuya más destacada característica era el temple inigualable de su ejecución, consiguiendo hacer menos brusca la quebradura de la trayectoria a seguir por el astado.

Si fuéramos a recordar ahora proezas de este impávido y valeroso torero, resultaría interminable este reportaje retrospectivo. Para los aficionados bisofios, que no llegaron a emocionarse con el trabajo del malogrado "chato", vamos a recordar una tarde que tuvo por marco el ruedo de Barcelona.

Le tocó torear en aquella corrida a un manso tan desprovisto de normales condiciones para la lidia como sobrado de romana y defensas.

Otro torero que no hubiera sido Victoriano habría abreviado para procurar deshacerse de cualquier forma del innoble morlaco. Pero Valencia II sacó a relucir su valor, hasta hacerle embestir y obligarle a la fuerza a aceptar unos pases por bajo.

A continuación —empeñado en hacer faena—, instrumentó varios ceñidos naturales. Al dar uno de pecho, volvió el "chato" la cabeza para refirir a un peón que avisaba al bicho con el capote. El toro, que seguía el viaje natural, le tropezó, alzándolo a bastante altura. Cayó el diestro de espalda entre las manos de la res, y el público, horrorizado, presenció la lucha entre el hombre y la fiera. Esta, tirando cornadas, y aquél, defendiéndose a puñetazos, cogiéndose a los pitones, hasta que los compañeros entraron al quite.

Levantóse Victoriano, medias y percha tintas en sangre, desprendidas las zapatillas, pero sin otro desavío al parecer.

Apenas hubo requerido de nuevo espada y muleta, volvió a los terrenos del buey y, después de dos o tres pases, entró a matar encorajinado, perdida toda noción de la serenidad. Como no fuera bien la salida, quedó colgado de los pitones, zarandeándole la res a placer y prendiéndole por el muslo derecho.

Otra vez luchó fieramente con su enemigo. Los minutos que tardó en desprenderse de los afilados pitones parecieron siglos a los asustados espectadores. Ya en la enfermería fue reconocido, apreciándosele una herida de doce centímetros de profundidad en la cara anterior del muslo derecho.

Soportó la cura muy sereno y bronceando.

—¿Es grande la cornada, doctor?—interrogó.

—No; no te asustes. No es gran cosa...—contestó el cirujano.

—¿Usted cree que ha sido con gracia?

—Hombre, por demasiado valiente, sí ha sido.

Y Valencia II, como si esta respuesta le hubiera hecho el hombre más feliz de la tierra, se limitó a decir:

—Pues eso era todo lo que quería saber.

Y se preocupó más de los tres ocupantes de otras tantas camas de la enfermería, llevados allí a causa de los síncope sufridos al ser testigos de la trágica actuación del torero madrileño.

Pero con ser tan terribles las catorce cornadas sufridas, no lo fue tanto su dramático final, al ser una de las primeras víctimas en octubre de 1936. Y lo que los toros no llegaron a consumir lo hicieron los infrahombres.

Cuando parecía extinguido el apodo Valencia del firmamento taurino, surge el nieto del viejo Roger, decidido a continuar la valerosa trayectoria familiar.

F. MENDO



Una de las características del toreo de Valencia I: el arte



El extraordinario valor y la emoción de Valencia II se reflejan en este lance



Guerrita

ocuparon en la tauromaquia destacadísimos lugares.

De la elegancia y majestad de Lagartijo, de la sapiencia y dominio de Guerrita y del valor de Frascuelo y Espartero, se han escrito muchas páginas en libros y diarios, como si los citados colosos del toreo nunca hubieran saboreado las hieles amargas del fracaso.

Aquellos célebres lidiadores también tuvieron sus tardes aciagas, silenciadas por quienes aun comentan entusiasmados sus indiscutibles condiciones artísticas.

Una de las actuaciones más desastrosas de Lagartijo y Frascuelo tuvo lugar en la Plaza de Toros situada a extramuros de la Puerta de Alcalá, el día 21 de mayo de 1871, corrida de Beneficencia, en la que se lidiaron ocho toros de Miura.

Ni Rafael ni Salvador pudieron con ella, y eso que el cordobés contaba entonces treinta años de edad, y el granadino veintisiete.

De los ocho toros, sólo fueron arrastrados cinco, el séptimo no llegó a lidiarse, y el octavo se quedó inédito en el chiquero, porque la noche, con su consabido negro manto, así lo dispuso.

En el sexto astado salió a relucir la media luna, ingresando el bovino en los corrales vivito y coleando.

Pero no fué sólo el fracaso de los espadas —uno de éstos, Currito—, sino también de las tres cuadrillas.

Tan lamentable fué el espectáculo dado por todos los diestros, que el entonces gobernador civil, señor Rojo Arias, hizo comparecer ante su presencia a la Empresa, a la Comisión organizadora de la benéfica corrida y a los tres matadores, imponiendo las siguientes multas:

Mil pesetas, a la Empresa, por no dar el personal completo para la lidia, por no colocarse las moñas de lujo a los toros, por salir un solo vaquero para retirar la séptima res y por no estar suficientemente amaestrada la piara de cabestros.

Ciento veinticinco pesetas, a Lagartijo, por faltas en la dirección de la lidia.

Doscientas cincuenta pesetas, para hacerlas efectivas a prorrato, a cada una de las cuadrillas, por su deficiente trabajo. Y cincuenta pesetas a cada uno de los cuatro picadores que no quisieron vaquear al sexto toro para enchiquerarlo.

De los subalternos, sólo fueron declarados exentos de responsabilidad el picador Calderón y el banderillero Juan Yuts.

Testigos de la hecatombe coletuda fueron los Reyes de España, y la Prensa, que venía dedicando a las reseñas de las corridas un breve espacio, se expresó de esta manera:

«Lamentable por todos conceptos —decía *El Imparcial*— fué el espec-

TARDES ACIAGAS

EN TRES CORRIDAS DE BENEFICENCIA LAGARTIJO, FRASCUELO, ESPARTERO Y GUERRITA FRACASARON RUIDOSAMENTE

táculo que presencié ayer el público en el circo de las afueras de la Puerta de Alcalá.»

Desde luego, y como de costumbre, los picadores se negaron resueltamente a alancear en regla; mejor dicho, a aproximarse siquiera a las reses en el mayor número de las ocasiones.

Y luego, ¡qué banderilleros y qué espadas! Diestro hubo, de los más encopetados, que positivamente no tardó menos de veinte minutos en rematar al segundo toro que le correspondía, y otro, que tampoco queremos nombrar, recordando sin duda aquello de que todo es toro, hirió con el estoque por el cuello, por el vientre y hasta por el rabo, logrando, por último, la ignominia de que fuera enseñada la media luna y de que el mechado animal fuese devuelto al encierro.

Otro mitin de padre y muy señor mío lo dió Frascuelo con el toro Calesero, de Miura, en la Plaza madrileña últimamente derribada, el 30 de abril de 1876, corrida también de Beneficencia.

Salvador dió a Calesero la tontería de treinta y cuatro pases, siete estocadas, ocho pinchazos y dos intentos de descabello.

Veamos lo que «El Toreo» publicó de dicho desastre: «Difícilmente se ofrece en la Plaza de Madrid un espectáculo menos conveniente y más en desacuerdo con todas las reglas, del que dió al matar Frascuelo su segundo toro. Más de media hora tardó Salvador en acabar de matar este toro, y en todos los reglamentos se establece como término medio para que aparezca la

media luna un cuarto de hora.

Estos son los errores que se creen superiores a cuantos hay y ha habido, éstos son los que cobran unos sueldos escandalosos y éstos son los que han motivado la subida de los precios de las localidades de la Plaza!».

Y ya que nos hemos ocupado de las dos corridas de Beneficencia citadas, no se nos va a quedar entre el teclado de la máquina de escribir esta otra, en la que Guerrita y Espartero, en plena juventud, estuvieron fatales.

Se celebró en la vieja Plaza de la carretera de Aragón, el 11 de junio de 1888, y con Maoliyo y Rafael alternaron Lagartijo y Carancha en la lidia de ocho toros del duque de Veragua.

En cuarto lugar se lidió Solitario, grande, colorado y corniabierto. Guerrita, de azul y oro, le dió la friolera de cincuenta pases y lo mató de la siguiente manera: una estocada de mete y saca, saliendo huyendo; una corta, echándose fuera; otra igual, un pinchazo sin soltar, una estocada atravesada, perdiendo la muleta; tres intentos de descabello con el estoque y dos con la puntilla.

Cuando Solitario, hecho una criba, dobló para siempre, Guerrita había sido ya avisado por segunda vez y pasado con exceso el tiempo reglamentario para salir los mansos.

Babea los esparteristas de gusto ante el fracaso del toreo de la Mezquita cordobesa; pero no les duró mucho la alegría, porque a los pocos momentos el diestro de la sevillana Giralda dió otro mitin monstruo con el toro Escribano, negro, bragado y corto de pitones, corrido en séptimo lugar.

Setenta pases empleó el Espartero con la muleta, entrándole a matar de mala manera seis veces. Recibió los tres avisos, y cuando los cabestros iban a presentarse para recoger malherido a Escribano, éste se entregó a las mulillas para ser arrastrado.

La silba fué como nuestra actual Plaza Monumental, y los guerristas se despacharon a su gusto ante el rotundo fracaso del torero sevillano.

En la época en que se celebró esta corrida era empresario el «rey del volapién», don Luis Mazzantini, y un crítico enjuició así a Maoliyo:

«Con el estoque, desastroso, e indisculpable aquel modo de herir con un toro que no había que hacer más que dejarse caer.»

Por estos y otros fracasos, no dejaron de ser quienes fueron Lagartijo, Frascuelo, Espartero y Guerrita, figuras indiscutibles en la historia del toreo; pero bueno es que sepan los aficionados de ahora que aquellos diestros también tuvieron sus tardes aciagas y que, tauromáquicamente, en todo tiempo se cocieron habas.



Lagartijo



Frascuelo

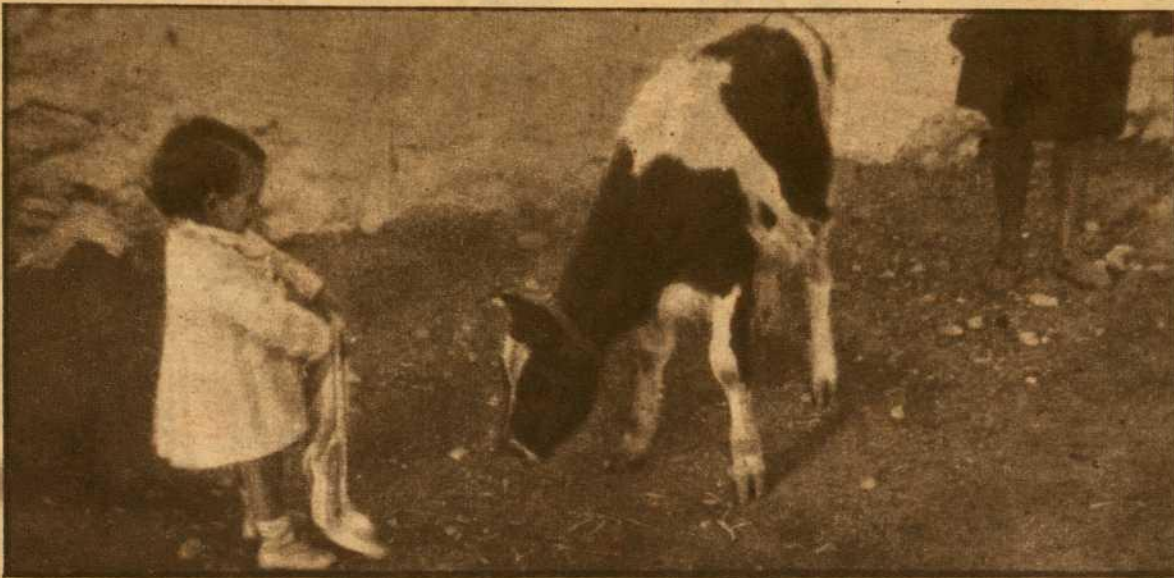
Espartero

DON JUSTO

No suponíamos que cuando dimos la fotografía del Niño del Sanatorio, hace dos semanas, en esta misma sección, el cariño paternal se iba a exacerbar hasta el extremo de que las cartas, acompañadas de la consiguiente prueba fotográfica, lloviesen sobre nosotros.

Naturalmente, en esta decidida competencia se hace constar la edad como detalle decisivo. Los hay de cuatro años, de tres, de dos

EL CARIÑO PATERNAL Y LOS FENOMENOS



y hasta de diecisiete meses, que es la edad que cuenta este nuevo «Niño», del que nos dice el comunicante que se le podría apodarar «de la Mancha» por haber nacido en el pueblo de Mancha Real (Jaén). No importa que este «nuevo y futuro fenómeno» se en-

cuentre solamente ante una chota de procedencia lechera. El no pretende todavía contratarse; pero aunque así fuese, el Niño de la Mancha, en relación con los actuales ases, tiene una ligera ventaja sobre ellos.

Su enemigo tiene muchas más arrobas —en proporción— y hasta seguramente más casta que los que los coletudos de moda se pasan por la faja. Que es hasta donde les llegan.

CADA SIETE DIAS UNA VARA

UNA REAPARICION SENSACIONAL



Vicente Pastor

LA verdad es que no sabemos a ciencia cierta si se tratará de una broma; pero a nosotros nos lo han contado, dándole a la noticia todos los caracteres graves que suelen tener las cosas cuando van revestidas de verdad por sus cuatro costados.

El hecho es el siguiente: El comunicante asegura que Vi-

cente Pastor, el que en tiempos fué Chico de la Blusa y hasta Soldado romano, vuelve a los toros. Un señor apellidado Carrasco le ha ofrecido cinco corridas de toros y medio millón de pesetas. Las Plazas donde se celebrarían los festejos serían las de Madrid, San Sebastián, Barcelona, Valencia y Sevilla. Y en vista de las cosas, Vicente Pastor, que está descansando en Alicante, había empezado ya seriamente a pensar en prepararse físicamente.

Ya hemos dicho que nos lo han contado como cierto. Pero, sin embargo, a nosotros nos invade una ola de escepticismo y no nos lo creemos.

Siempre hemos pensado que el toreo, actualmente atraviesa una grave crisis; pero de eso a admitir, con la cara muy seria, la posibilidad de que un hombre como Vicente Pastor —un gran torero en su época—, y con los años de él, vuelva a coger el estoque, hay un abismo.

Porque, de ser así, todos los toreros tendrían que pensar en retirarse.

Y la afición.

Y convocar un mano a mano entre el Niño de la Blusa y el Niño del Sanatorio o el Niño de la Mancha.

Claro que todo será una broma seria del ex torero de Embajadores.

¡PARA LA
Sombra
y el SOL..!

BURLADERO

LEEMOS que el propietario de la Plaza de Avila Camacho se ha quedado con la de El Toreo.

Todo ha sido cuestión de días.

* *

Otra de Plaza. La de Zaragoza ha sido arrendada provisionalmente por el valor de 482.588 pesetas con veinte céntimos.

Y no dicen el número de almohadillas que dan, por pura casualidad.

* *

Cagancho sigue triunfando en Méjico. Y lo hace de la forma más difícil. Porque el gitano está en el primer plano de actualidad sin vestirse de luces. Los aficionados le solicitan y los directores de cine claman por él.

Ahora que se ha dado a conocer como bailarín, no podrá decir que baila con la más fea...

Y ustedes perdonen.

* *

EL RUEDO, no solamente se lee por las cinco partes del mundo, sino que además se reproduce casi íntegro.

Es decir, que por ahí de lo que se trata es de dar la vuelta al Ruedo?

* *

Ya ha triunfado Albaicín en Buenos Aires. Llegó, dió su conferencia y el entusiasmo prendió en las multitudes. Por si esto era poco, Benito Perojo le ha ofrecido un contrato para hacer una película.

Cagancho... Albaicín... Nada, que los gitanos no se pierden nunca.

UNA ANECDOTA A LA SEMANA

Los flecos del hermano de EL ESPARTERO

Tenía un hermano el Espartero que no brillaba, precisamente, por su gracia en el vestir, ni por sencillez y discreción, en la conversación.

Siempre que caía por Córdoba iba por la tertulia de Guerrita, y, ante éste, toda su preocupación era contar los éxitos

de su hermano, el dinero que ganaba, los cortijos que iban cayendo entre sus manos.

Ya resultaba pesado, en su afán de exagerar y de no desviar la conversación de otro tema que no se refiriese a su hermano.

Un día, en que las cosas iban por el mismo cauce, y aquél, precisamente, presentaba una facha más desgraciada, pues hasta los pantalones llevaba desflecados, llegó a un extremo de pesadez, que ya el Guerra tuvo que decirle:

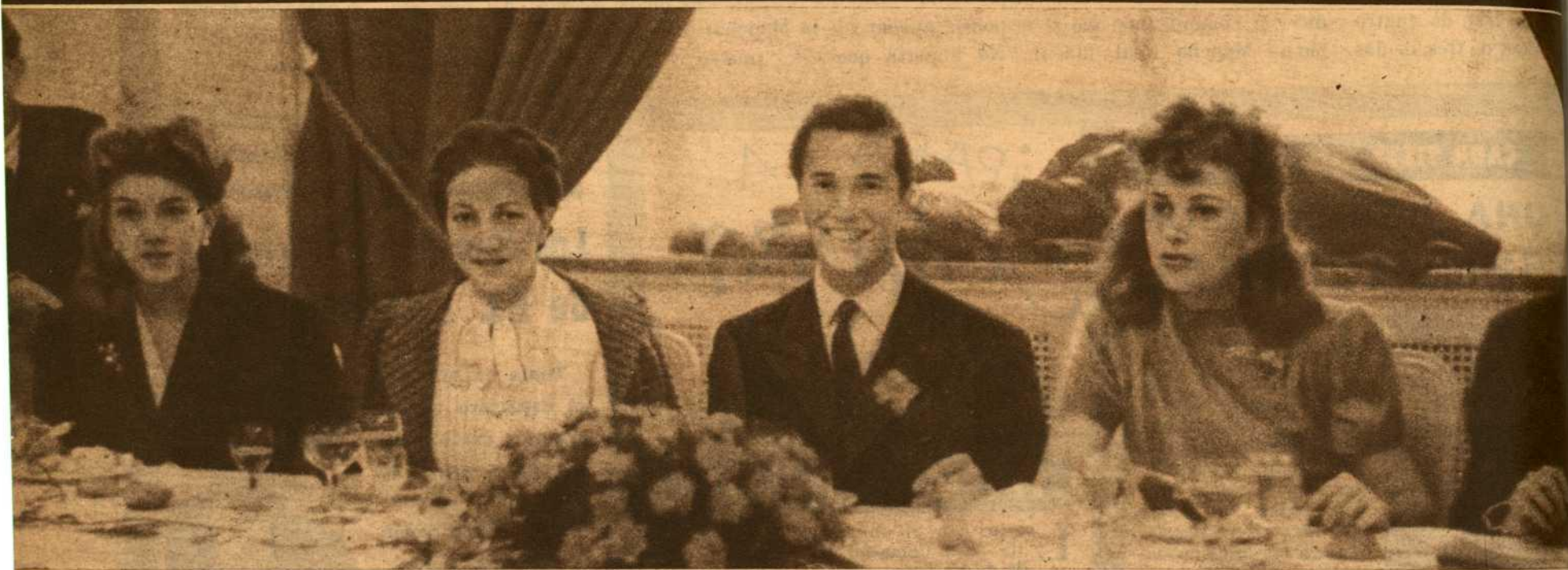
—Sí, hombre, sí, lo que tú quieras. no se ha podido comprar aún un sastre; Tu hermano gana mucho dinero; pero porque, de lo contrario, tú no irías con esos flecos en los pantalones.



El Guerra



Dominguín padre, rodeado de amigos y compañeros que asistieron al homenaje a Luis Miguel Dominguín



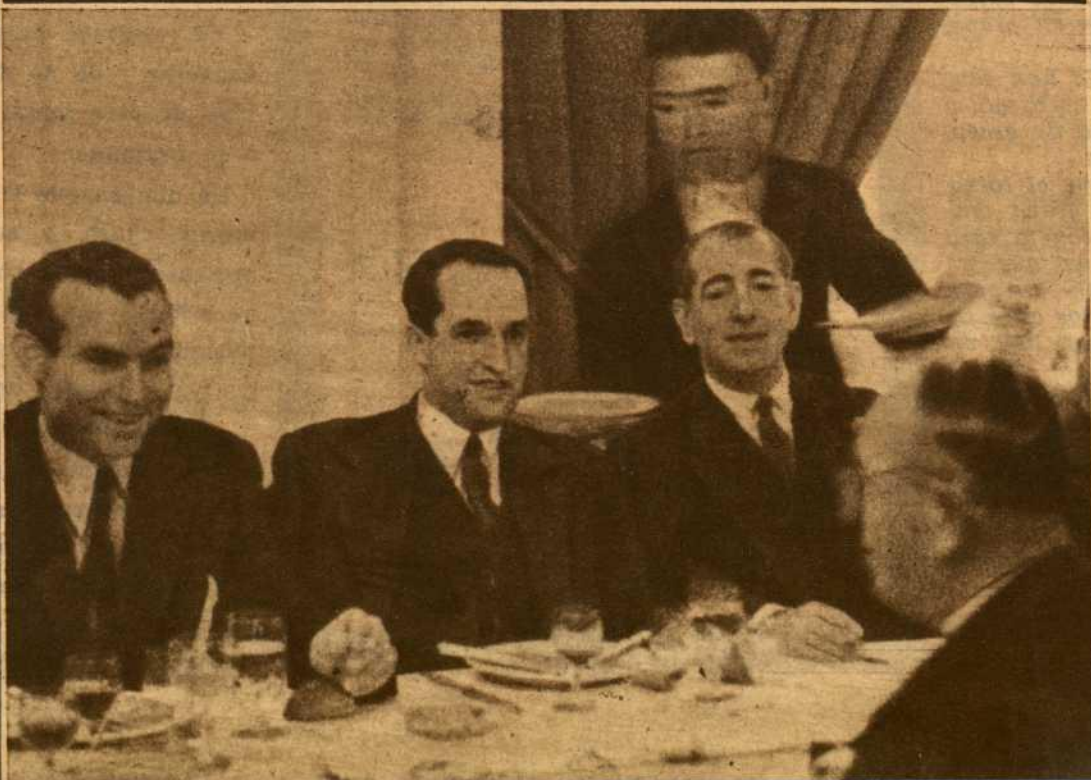
Ramos de Castro, Amparito Rivello, María Fernanda Ladron de Guevara, Luis Miguel Dominguín, Ana Mariscal y Luis Escobar, que constituían la presidencia del acto

El homenaje a LUIS MIGUEL DOMINGUÍN

Paco Ramos de Castro en el acto de leer, con su gracejo característico, unas cuartillas dedicadas al torero homenajeado

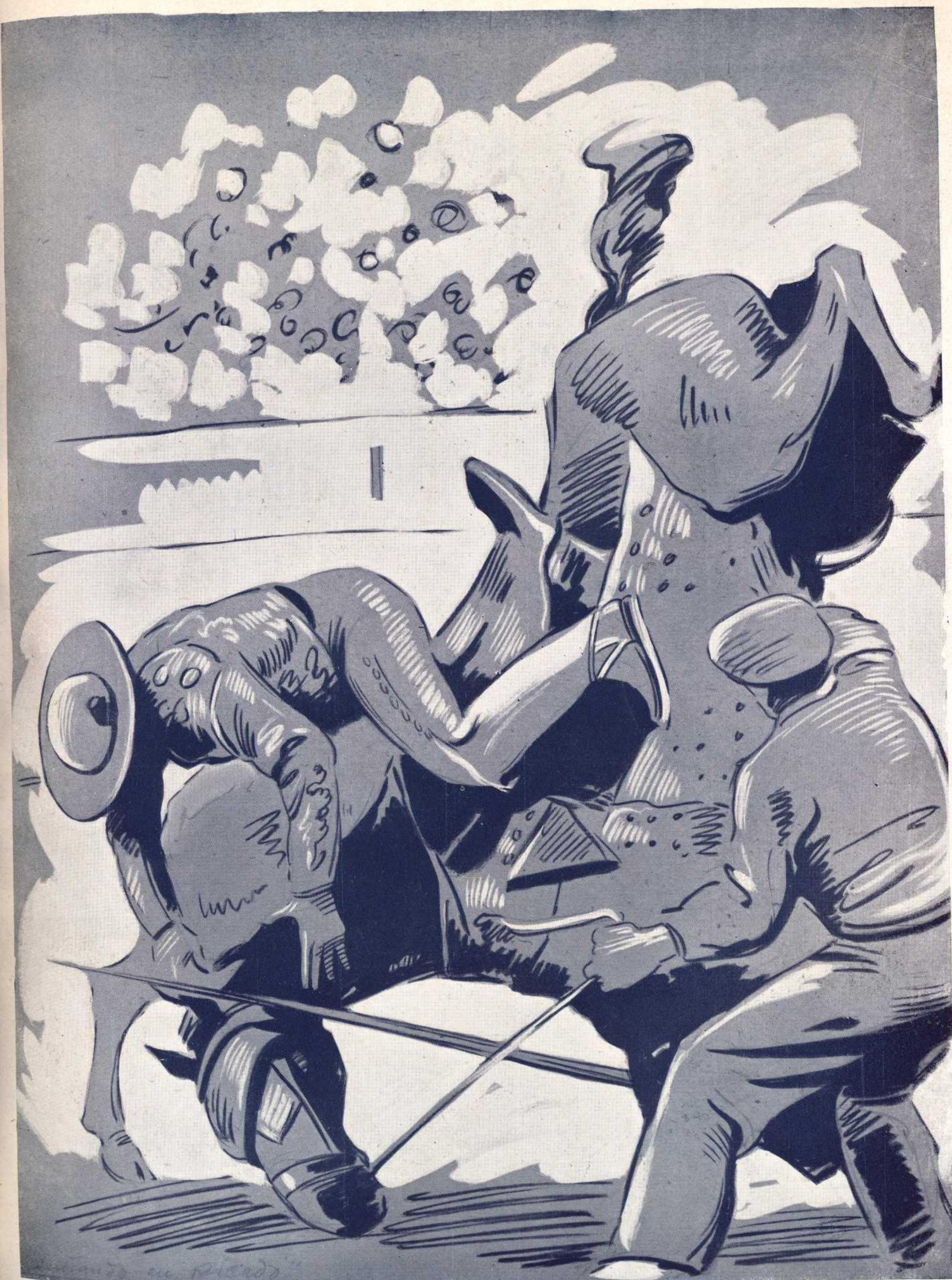


Nuestro director, don Manuel Casanova, en compañía de don Blas Tello, gobernador civil de Toledo, que vino expresamente al acto, y el torero Domingo Ortega



Rafael Duyos lee una poesía dedicada a Luis Miguel Dominguín, en el acto que se le dedicó al joven diestro. (Fotos Baldomero)





«Entrando en picado»



Toreros célebres: Cándido Carmona, El Cartujano
(Dibujo de Enrique Segura)